

TDL/267

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE

129



PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*



D. Juan Díaz de los Ríos.  
*calle de Carretas.*

7339

CATÁLOGO de las obras dramáticas de la propiedad del Círculo  
LITERARIO COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de  
esta corte.

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El triunfo del pueblo libre.  
Napoleón en España.  
Kuser ó los bandos de Holanda.  
La Torre del Duero.  
Magdalena.  
La Pasión.  
El hijo del ciego.  
El castillo de Balsain.  
Los Contrabandistas del Pirineo.  
El Puente de Luchana.  
Creo en Dios!  
¡Las Jornadas de Julio.  
Pedro Navarro.  
Don Rafael del Riego.  
La niña del mostrador.  
La mano de Dios.  
Remismunda.  
¡Redención!!  
Rioja.  
Muger y madre.  
El curioso impertinente.  
La aventurera.  
La pastora de los Alpes.  
Felipe el Prudente.  
Dios, mi brazo y mi derecho.  
El fenix de los ingenios.  
Ricardo III.  
Caridad y recompensa.  
El donativo del diablo.  
La hija de las flores ó todos  
están locos.  
El valor de la mujer.  
La fuerza de voluntad.  
La máscara del crimen.  
La Estrella de las Montañas.  
La ley de raza.  
Sancho Ortiz de las Roelas.  
Andrés Chenier.  
Adriana.  
La ley de represalias.  
El rano de rosas.  
Caibar, drama perdido.  
El Trovador, perdido.  
Cristóbal Colon.  
Un hombre de estado.  
El primer Giron.  
El Tesorero del Rey.  
El lirio entre zarzas.  
Isabel la Católica.  
Antonio de Leiva.  
La Reina Sara.  
Últimas horas de un Rey.  
Don Francisco de Quevedo.  
Juan Bravo el Comunero.  
Diego Corrientes.  
El Bufón del Rey.  
Un voto y una venganza.  
Bernardo de Saldaña.  
El Cardenal y el ministro.  
Nobleza Republicana.  
Mauricio el Republicano.  
Doña Juana la Loca.  
El Hijo del diablo.  
Sara.  
García de Paredes.

Boabdil el chico.  
El Fuego del cielo.  
Un Juramento.  
El Dcs de Mayo.  
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La Escuela de los ministros.  
Al pié de la letra.  
El fondo y la corteza.  
El Tesoro del Diablo.  
La Flor de la maravilla.  
El agua mansa.  
Un infierno ó la casa de huéspedes.  
El duro y el millon.  
El oro y el oropel.  
El médico de cámara.  
Un loco hace ciento.  
La tierra de promision.  
La cabra tira al monte.  
Sullivan.  
El peluquero de Su Alteza.  
La consola y el espejo.  
El rábano por las hojas.  
Tres al saco...  
Un inglés y un vizcaino.  
A Zaragoza por locos.  
Los presupuestos.  
La condesa de Egmont.  
La escuela del matrimonio.  
Mercadet.  
Una aventura de Richelieu.  
Deudas de honor y amistad.  
Merecer para alcanzar.  
Para vencer, querer.  
Los millonarios.  
Los cuentos de la reina de Navarra.  
El hermano mayor.  
Los dos Guzmanes.  
Jugar por tabla.  
Juegos prohibidos.  
Un clavo saca otro clavo.  
El Marido Duende.  
El Remedio del fastidio.  
El Lunar de la Marquesa.  
La Pension de Venturita.  
¡Quién es ella?  
Memorias de Juan García.  
Un enemigo oculto.  
Trampas inocentes.  
La Ceniza en la frente.  
Un Matrimonio á la moda.  
La Voluntad del difunto.  
Caprichos de la fortuna.  
Embajador y Hechicero.  
A quien Dios no le dá hijos...  
La nueva Pata de Cabra.  
A un tiempo amor y fortuna.  
El Oficialito.  
Ataque y Defensa.  
Ginesillo el aturdido.  
Achaques del siglo actual.  
Un Hidalgo aragónés.

Un Verdadero hombre de bien.  
La Esclava de su galán.  
Pecado y expiacion.  
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!  
No se venga quien bien ama.  
La Estudiantina.  
La Escala de la fortuna.  
Amor con amor se paga.  
Capas y sombreros.  
Ardides dobles de amor.  
El Buen Santiago.  
¡Ya es tarde!  
Un cuarto con dos alcobas.  
¡Lo que es el mundo!  
Todo se queda en casa.  
Desde Toledo á Madrid.  
El Rey de los Primos.  
La caverna invisible.  
Quien bien te quiera te hará  
lorar.  
Marica-enreda.  
Flaquezas y Desengaños.  
La Amistad ó las Tres épocas.  
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.  
Cornelio Nepote.  
Los pretendientes del día.  
Los dos amores.  
Deudas del alma.  
Pipo ó el Principe de Monte-  
cresta.  
Las diez de la noche.  
El Congreso de Jitanos.  
El Preceptor y su muger.  
La Ley Sálica.  
Un casamiento por hambre.  
Antes que todo el honor.  
¡Un divorcio!  
La hija del misterio.  
Las cucas.  
Gerónimo el Albañil.  
María y Felipe.

EN UN ACTO.

No se hizo la miel...  
Los preciosos ridiculos.  
Lo que al negro del sermon.  
La Union carlo-polaca.  
Pepeya la aguardentera.  
¡Ingleses!  
Un fusil del Dos de Mayo.  
Cuervos y locos.



733970 000 001

TOL/267

# LA FUERZA DE VOLUNTAD,

DRAMA EN TRES ACTOS, Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON JUAN DE ARIZA.**

Representado por primera vez, en el teatro del Principe, la  
noche del 23 de Setiembre de 1852.



N.º 189.

MADRID.

IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ, CALLE DEL RUBIO, N.º 14.  
1852.

R. 84. 941

# LA FUERZA DE VOLUNTAD

DEPARTAMENTO DE JUSTICIA Y FISCALIA

ORGANIZACION DE

COMUNIDAD DE VECINOS

Representación por el Poder Judicial de la Federación en el Estado de México



R. S. P. M.



A LOS SEÑORES

**DON PABLO AVECILLA**

Y

**DON JOSÉ MARIA BLASCO.**

Amigos míos: como una prueba de cariño, os  
dedica LA FUERZA DE VOLUNTAD, vuestro afectísimo.

JUAN DE ARIZA.

A LOS SEÑORES

DON PABLO AVEIGILA

DON JOSE MARIA BLASCO

Encomendados a la memoria de V. M. I. y a la memoria de V. M. I. y a la memoria de V. M. I.

JUAN DE ALCAZAR



Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO  
COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su  
permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en  
algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las for-  
madas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra con-  
tribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con  
arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de  
Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de  
1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los  
ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que  
se estampará en cada uno de los legítimos.

## PERSONAS.

## ACTORES.

DOÑA JIMENA. . . . . D.<sup>a</sup> JOSEFA PALMA.  
SANCHA. . . . . D.<sup>a</sup> JUANA SAMANIEGO.  
DON GARCIA, *el Temblosa*,  
    *Rey de Navarra.* . . . . D. JULIAN ROMEA.  
EL CONDE DON RAMIRO. . D. ANTONIO PIZARROSO.  
EL CONDE DON GONZALO. D. PEDRO LOPEZ.  
FORTUN. . . . . D. ANTONIO LOZANO.  
NUÑO. . . . . D. LÁZARO PEREZ.

CAPITANES.—SOLDADOS.—PUEBLO.

La escena en el Alcázar de Pamplona, en 995.



## ACTO PRIMERO.

Cámara real en el palacio de Pamplona, con dos puertas colaterales y una en el fondo. A la derecha del espectador una mesa y una silla; á ambos lados de la puerta del fondo dos grandes manoplias. A la izquierda, en primer término, un balcon.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA JIMENA.—SANCHÁ.

SANCHÁ. Por demas á la tristeza  
tu frente inclinas, señora,  
y el carmin de tus mejillas  
la mano del dolor borra.

JIMENA. Deja que al dolor consagre  
en el silencio mis horas,  
que, para fingir contento,  
es justo llorar á solas.  
Don Ramiro cada dia  
exije el de nuestra boda,  
y su insistencia me oprime

como una pesada losa.  
Mi alma valiente rechaza  
la opresion con que la agovian,  
pero á la voz de mi padre  
pierde su aliento y se postra.  
No la rinde vil temor,  
ni los peligros le asombran,  
solo el respeto quebranta  
su voluntad poderosa.

SANCHA. Cuenta á tu padre las penas  
que ese enlace te ocasiona,  
y á tus ruegos y á tus llantos  
no quedará su alma sorda.

JIMENA. Quedará, Sancha; el cariño  
paternal su frente dobla  
ante la razon oculta  
de alguna ley imperiosa.  
Mas de una vez á sus plantas  
he suplicado que rompa  
de tan pesada cadena  
las insufribles argollas,  
y, ya besando mi frente,  
ya de mis pupilas rojas  
las lágrimas enjugando,  
para que ardiendo no corran,  
por respuesta á mis querellas,  
por consuelo á mis congojas,  
lágrimas noté en sus ojos,  
y suspiros en su boca.

Viendo que daban mis súplicas  
pena tanta á quien me adora,  
tomé una resolucion

noble, invariable y heróica.  
Dentro del alma guardé  
los sollozos que me ahogan;  
hice que el llanto bajára  
al corazon gota á gota;  
puse á mi pálido rostro  
una mentida aureola  
de júbilo, y conseguí  
ir disipando la honda  
pena que á mi noble padre  
causaba mi cancerosa



herida. De mis dolores  
apenas guarda memoria;  
y, aunque soy mas infeliz,  
piensa que vivo dichosa.

SANCHA. ¡Cuánto sufrirás!

JIMENA. Si, Sancha,

sufro mucho; mas no importa,  
pues mi dolor se mitiga  
viendo que mi padre goza.  
Procuro de don Ramiro  
calmar la impaciencia loca,  
y aun abrigo una esperanza  
horrible, que me conforta.  
Espero que, en los combates,  
una cimitarra mora  
el endurecido pecho  
del odioso amante rompa.

SANCHA. ¡Doña Jimena!...

JIMENA. No temas

que se cumpla tan odiosa  
esperanza; mi desdicha  
sirve á su pecho de cota.

SANCHA. ¿Por qué no acudes al rey,  
pidiéndole que interponga  
su autoridad?

JIMENA. Don Garcia

no tiene voluntad propia;  
y árbol de poca raiz  
no puede dar mucha sombra.

SANCHA. Sin embargo, es el monarca;  
y á mas, si no se equivoca  
mi instinto de mujer, mucho  
te ama.

JIMENA. Quizás.

SANCHA. Si hasta ahora  
no han pronunciado sus lábios  
palabras de amor, lo estorba  
su timidez.

JIMENA. Timidez  
indigna, que me abochorna.

SANCHA. Es el rey, y si en su frente  
afirmáras la corona...

JIMENA. Jamás latirá en sus venas

un resto de sangre goda.

SANCHA. Tú puedes...

JIMENA. Déjame, Sancha.

SANCHA. Eseuchándome te enojas,  
pero el amor del rey...

JIMENA. Déjame

con mi duelo y mis memorias.

## ESCENA II.

DOÑA JIMENA.

Sancha tambien adivina  
la fe con que el rey me adora,  
pero por fortuna ignora  
el amor que al rey me inclina.  
Estraña debilidad

que en mi altivez no comprendo,  
pero que siempre creciendo  
va contra mi voluntad.

A su humillante poder  
¿no he de saber resistirme  
yo, que blasono de firme  
y de arrogante mujer?

No. Cuanto mas la combato  
cobra mas cuerpo, mas vida;  
pero moriré escondida...

Yo lo quiero, es mi mandato.

Quede por siempre guardada,  
pues no puedo confesar  
amor que me hace bajar

los ojos avergonzada :

¿Qué descubri en don García  
para sentir este amor?

No tiene poder, valor,  
entusiasmo ni energia.

Su suprema dignidad  
es un oropel liviano...

¿Amaré del soberano  
la misma debilidad?

¿Será lo que por él siento



nada mas que compasion?...  
No; entonces mi corazon  
no latiria violento.  
Ya que me atormento así,  
¿deberé, para igualarme,  
eivarlo ó humillarme?...  
Debo elevarlo hasta mí.  
Debo romper la cadena  
pesada que lo aprisiona...  
debe afirmar la corona  
sobre sus sienes Jimena...  
Para realizar mi intento,  
ni auxiliares ni testigos  
quiero, y á mis enemigos  
ni los temo ni los cuento.  
Mi imaginacion absorta  
pocos destellos derrama...  
Yo sé que existe una trama...  
no la conozco... Qué importa!...  
Resuelta estoy, decidida  
con firme solicitud,  
á romper su esclavitud,  
aunque nos cueste la vida.  
Mi heroica temeridad  
á ningun riesgo se niega...  
Ya verán á donde llega  
la fuerza de voluntad.

### ESCENA III.

DOÑA JIMENA, *que se dirige hácia la puerta de la izquierda.*—DON RAMIRO, *en traje de guerra, que entra por el foro y la detiene.*

JIMENA. El cielo os guarde.

RAMIRO.

Señora,

¿por qué te alejas? Detente.

Quien ha de vivir ausente,

justo es que te admire ahora.

JIMENA.

Me retiraba, señor,

sin sospechar tu venida.

RAMIRO. Audiencia de despedida  
te pide tu servidor.  
Y dársela en buena ley  
debes, pues, fiel caballero,  
este homenaje primero  
rinde á su dama que al rey.

JIMENA. Sirve al rey con la lealtad  
y el valor que corresponde  
á quien ostenta de Conde  
la suprema dignidad.

RAMIRO. Para defender su tierra  
y sostener su decoro,  
voy á correr contra el moro  
los peligros de la guerra.  
Para aumentar mi bravura  
una prenda de cariño  
dame, y verás como tiño  
de sangre infiel la llanura.

JIMENA. Para lidiar denodado,  
para triunfar ó morir,  
basta con querer cumplir  
los deberes de soldado.

RAMIRO. Certera herirá mi lanza  
y crecerá mi denuedo,  
si abrigar lidiando puedo  
alguna dulce esperanza:  
si ofreces al campeón  
que viste férrea loriga,  
por premio de su fatiga,  
inmediato galardón.

JIMENA. Debe inflamar la memoria  
y el ánimo enaltecer,  
la esperanza de vencer  
y el galardón de la gloria.

RAMIRO. Con agudo ingenio estás  
haciendo mi intento vano.

JIMENA. Ya te concedió mi mano  
mi padre. ¿Qué quieres mas?

RAMIRO. Quiero la nupcial cadena  
completar, que mi afán labra,  
y que cumplas la palabra  
que él me dió, doña Jimena.  
Quiero fijar el momento



en que acabe mi porfia:  
quiero señalar el día  
hoy de nuestro casamiento.  
Y, sin nueva dilacion,  
ya que á acallar te acomodas,  
han de hacerse nuestras bodas  
á mi vuelta de Aragon.  
Asi tendrán desde luego  
fin mis eternas demandas.

JIMENA. Jamás, si tú me lo mandas.

RAMIRO. Señora, yo te lo ruego.

JIMENA. Mal el ruego comprendí.

RAMIRO. Es que es preciso, señora,  
señalar pronto la hora...

JIMENA. Hacerlo me toca á mi.

RAMIRO. Van dos años de rogar  
y de amargos desengaños,  
y son muy largos dos años  
de temer y de esperar.  
Mas me valiera...

JIMENA. ¿Qué?

RAMIRO. Nada.

Duda el ánimo cobarde...

JIMENA. Señor, el cielo te guarde  
y dé victoria á tu espada.

#### ESCENA IV.

DON RAMIRO.

¿Por qué ha de faltarme brio  
para su orgullo rendir?  
Cansado estoy de sufrir  
el rigor de su desvio.  
Mi incontrastable poder,  
que al reino navarro abruma,  
¿se ha de romper como espuma  
contra una débil mujer?  
No he de rendir su enerjia  
yo, que domino en Pamplona,  
yo, que llevo la corona



del *Tembloso* don García?  
¿Yo, que de la hueste real  
omnipotente caudillo,  
la deslumbro con el brillo  
de mi aureola marcial?  
Sí ¡vive Dios!... En su fuego  
quemé mi arrojo, insensato;  
mas hoy empieza el mandato,  
que estoy cansado del ruego.  
De su padre los temores  
se unirán á mis afanes,  
y secundará mis planes,  
pues somos los dos traidores.  
Y si el clarín á lidiar  
no me estuviera llamando,  
la llevaría arrastrando  
hoy mismo al pié del altar.

## ESCENA V.

DON RAMIRO.—DON GONZALO.

RAMIRO. Don Gonzalo ¿no me ves?  
Vienes triste y pensativo.  
GONZAL. De un remordimiento vivo  
bajo el gran peso.  
RAMIRO. ¿Cuál es?  
¿Qué nuevas penas oprimen  
hoy tu corazón?... Responde.  
GONZAL. Tú sabrás mis penas, Conde,  
si recuerdas nuestro crimen.  
RAMIRO. ¡Vive Dios, que tu imprudencia  
y tu terquedad me pasma!  
Compite con tu fantasma  
y no canses mi paciencia.  
Si es un crimen, recordarlo  
no está bien entre los dos.  
GONZAL. ¡Oh, Conde, pluguiera á Dios  
que yo pudiera olvidarlo!  
Pero siempre, por mi mal,  
será inútil que lo intente,

que está mi crimen patente  
en ese vástago real.

Su esforzado padre un día  
lo encomendó á nuestro honor ,  
y sin gloria ni valor

hoy se arrastra don Garcia.

Sumido en muelle reposo ,  
nunca vistió la coraza ,

huye cobarde en la caza ,  
y le llaman el *Tembloso*.

Desprécialo el reino entero

mas que al último vasallo ;

regir no sabe un caballo ,

ni manejar un acero.

Lleva de monarca el nombre

y una corona en la frente ,

pero en sus venas no siente

latir la sangre de un hombre.

Este palacio desierlo

encierra su vil espanto ,

y una mortaja es su manto

que cubre un cadáver yerto.

A nuestro antojo las leyes

se dictan á la ciudad.

Si él es rey sin voluntad ,

nosotros somos los reyes.

RAMIRO. Muy bien tu lealtad se muestra

en tan generoso alarde ;

mas si el rey nació cobarde ,

¿es, Conde, la culpa nuestra?

GONZAL. Bien sabes que en su niñez

daba muestras de talento ,

de generoso ardimiento

y soberana altivez.

Pero rindióse el león

á nuestros viles amaños ,

y á quince mortales años

de pérvida educacion.

A fuerza de encarecer

los peligros unos y otros ,

nosotros, Conde, nosotros

se los hicimos temer.

Al santo amor de la gloria



su alma dejamos inerte,  
siempre hablando de la muerte  
y nunca de la victoria.  
Le supimos apartar  
del gobierno del estado,  
pintando siempre el cuidado  
y no el honor de reinar.  
Apagamos poco á poco  
el fuego que en él ardía,  
y gracias si don Garcia  
solo es débil y no loco.  
que contra tanta maldad  
ningun niño tiene fuerza,  
y no hay razon que no tuerza  
tal fuerza de voluntad.

RAMIRO. Si tal nuestro crimen es,  
si tan grande nuestro agravio,  
conde sellemos el labio  
por nuestro propio interés.  
Y si cerramos los ojos  
del *Tembloso* don Garcia,  
cuenta que la luz del día  
venga á alumbrar sus enojos.  
Pues si las sombras oscuras  
se alejan de su razon,  
sabrá romper el leon  
sus frágiles ligaduras.  
Y al sacudir con fiereza  
el largo y pesado yugo,  
podrá entregar al verdugo  
tu cabeza y mi cabeza.

GONZAL. Lo sé, don Ramiro.

RAMIRO. Advierte  
que ser puede en un momento  
tu mismo remordimiento  
nuestra sentencia de muerte.

GONZAL. Lo sé, y el medio no hallo  
de remediar nuestro crimen.  
Continuas dudas me oprimen,  
y sufro, y vacilo y callo.  
Pero no temas; jamas  
romperá sus ligaduras  
el rey; las sombras oscuras



siempre en sus ojos verás.  
Sujeto á nuestros engaños  
siempre estará, y no te asombre,  
pues no puede ser ya hombre  
quien fué niño tantos años.

RAMIRO. Me parece tu opinion  
fundada de todo punto...  
mas hablemos de otro asunto  
que mas llama mi atencion.  
Enamorado suspiro,  
y en viva inquietud afano  
por tu hija hermosa...

GONZAL. Su mano

es ya tuya, don Ramiro.  
RAMIRO. Mas busca doña Jimena,  
con espaciosas razones,  
á la boda dilaciones  
que me dan temor y pena.  
Don Gonzalo, receloso  
con dilacion tan estraña  
estoy: cuando de campaña  
vuelva, quiero ser su esposo.

GONZAL. Lo serás.

RAMIRO. Parto seguro,  
porque tu promesa llevo.

GONZAL. Mi palabra te renuevo.

RAMIRO. ¿Me lo juras?

GONZAL. Te lo juro.

RAMIRO. Adios, don Gonzalo.

GONZAL. Espera.

El rey llega apresurado,  
con el cabello erizado  
y el rostro como la cera.

## ESCENA VI.

DON RAMIRO.—DON GONZALO.—EL REY *en un estado de  
convulsion, y volviendo la cara receloso.*

GONZAL. ¿Qué os amedrenta, señor?

REY. Nada, nada. Estais aqui



tranquilos: no es cierto?

RAMIRO.

Sí.

GONZAL.

¿Qué causa vuestro temor?

REY.

Tranquilamente dormía

en éxtasis halagüeño,

cuando interrumpió mi sueño

una ronca gritería.

Sobre los blandos cojines

me incorporé soñoliento,

y ya asordaban el viento

atabales y clarines.

Confusamente corrían

relinchando los caballos,

y con sus herrados callos

las duras losas herían.

Cuando el temblor de la tierra

avivaba mis alarmas,

percibí ruido de armas

y gritos de «Guerra, guerra.»

Con indecible ansiedad

llamo, busco, á nadie encuentro,

y temo que el moro dentro

esté de nuestra ciudad.

Confuso tiemblo, vacilo;

á esta cámara turbado

llego, pero á vuestro lado,

bien lo veis, estoy tranquilo.

RAMIRO.

Desechad todo temor,

pues ese bélico alarde

prueba que salgo esta tarde

contra los moros, señor.

Nuestros valles, nuestras sierras

á sangre y fuego talando

están; á morir lidiando

voy, ó á echarlos de tus tierras:

No sé si querrá la suerte

galardonar mi valor;

quien busca en la guerra honor,

encontrar suele la muerte.

REY.

¿Llevas muchos escuadrones?

RAMIRO.

Contra esa morisca vil

marchamos, señor, diez mil

caballeros y peones.



- Pero en tan cruda campaña,  
de vuestra hueste aguerrida  
mas de dos tercios sin vida  
se quedará en la montaña.
- REY. Renuncia, pues, á lidiar;  
ese proyecto abandona.
- RAMIRO. A los muros de Pamplona  
nos vendrá el moro á buscar.  
Y pisando en sus enojos  
este sagrado recinto,  
lo vereis en sangre tinto  
con vuestros turbados ojos.
- REY. Es cierto. De tu opinion  
soy. Lleva lejos la guerra,  
y que no pise esta tierra  
el moro. Tienes razon.
- RAMIRO. Muy pronto vendrán aqui  
los bizarros capitanes  
que han de secundar mis planes.  
Vos los recibireis.
- REY. Si!
- GONZAL. Y, para iuspirarles fé,  
con animosas razones  
hablad á esos campeones.
- REY. Vosotros; yo no sabré.
- GONZAL. Sin enibargo...
- RAMIRO. Vos, señor,  
teneis razon: á unos y otros  
les hablaremos nosotros.
- REY. Si, porque lo hareis mejor.
- GONZAL. Con rostro tranquilo, ledo  
estareis; cual corresponde  
á vuestro decoro.
- REY. Conde,  
¿vas tú á la guerra?
- GONZAL. Me quedo.
- REY. Pláceme. Solo estaria  
en continuo sobresalto,  
y si dieran un asalto  
nadie me defenderia.
- GONZAL. Olvidad esos afanes.
- RAMIRO. Y permitid que os dejemos;  
pues muy pronto volveremos



con los demas capitanes.  
REY. Bien. Prepara la jornada,  
y no te detengas mucho.  
(*Ruido de armas, clarines y caballos.*)  
¿Qué es eso? ¿Qué ruido escucho?  
GONZAL. No temais.  
REY. No temo nada.

## ESCENA VII.

EL REY.

Ya estoy solo. Siento en mi  
un temor que no comprendo.  
¿Por qué ese marcial estruendo  
ha de atormentarme así?  
¿Por qué mas y mas me aterra  
cuando quiero ser mas fuerte?  
¿Por qué anuncian luto y muerte  
esos aprestos de guerra?  
La guerra... Terrible empeño  
que causa profundos males.  
Mas ¡por qué los atabales  
interrumpieron mi sueño!  
Era tan feliz soñando  
con ella, siempre con ella;  
y me pareció mas bella  
arrodillada y llorando.  
Yo no sé por qué gemia,  
pero indicaba su duelo  
que remontaba hasta el cielo  
alguna plegaria pia.  
y esa tinta de dolor  
que velaba su semblante,  
llevaba á mi pecho amante  
nuevos encantos de amor.  
Ilusion liviana fué,  
de recuerdos halagüeños.  
Si era tan feliz en sueños,  
¿por qué, desperté?

ESCENA VIII.

EL REY.—SÁNCHA.

REY. ¿Quién es?

SÁNCHA. Perdonad, señor,  
si llegué hasta aquí.

REY. No, Sancha,  
me alegro mucho de ver  
del buen Fortun á la hermana.

SÁNCHA. Señor, por vuestras bondades  
Fortun y yo os damos gracias,  
que no es fácil merecerlas  
siendo tan grandes y tantas.

REY. Tu padre, sirviendo al mío,  
dicen que murió en la batalla,  
y dar amparo á sus huérfanos  
sagrado deber me manda.

Ademas el buen Fortun  
me sirve desde la infancia,  
y constante en mi servicio,  
de mi lado no se aparta.

SÁNCHA. Señor, mi hermano posee  
toda vuestra confianza,  
y no fuera de ella digno  
si no aspirase á pagarla.  
Hoy el temor de ofenderos  
tanto le aflige y embarga,  
que yo, señor, en su nombre  
vengo á esponer su demanda.

REY. ¿Teme llegar á su amigo?

La razon no alcanzo: habla.

SÁNCHA. Contra los moros, señor,  
que vuestras provincias talan,  
hoy mismo deben salir  
los guerreros de Navarra.  
Para pagar de su rey  
las mercedes soberanas,  
mi hermano, señor, pretende  
salir tambien á campaña;



- pues aunque encuentre en la lid  
el hierro de aguda lanza,  
feliz será si por vos  
toda su sangre derrama.
- REY. ¡Jamás! No permitiré  
que de mi palacio salga.  
¿No sabes, Sancha infeliz,  
que en esos combates matan?
- SANCHA. Lo sé, señor.
- REY. ¿Y te atreves  
á pedir que Fortun vaya  
á dejar su vida en nuestras  
fragosísimas montañas?
- SANCHA. Señor, me atrevo á pedirlo  
una vez y otra á tus plantas,  
como el mas grande favor  
y la mas suprema gracia.
- REY. Pues yo, Sancha, te la niego.
- SANCHA. Gran señor, comprended...
- REY. Calla.
- SANCHA. Perdonadme, si han podido  
ofenderos mis palabras:  
y tomo vuestra real vénia...
- REY. No me has ofendido: aguarda.  
Quiero pedirte un favor,  
que es mi mas dulce esperanza.
- SANCHA. Mandarme, señor, direis:  
el rey no pide que manda.
- REY. Los reyes piden alivio  
para los males del alma.  
Tú eres de doña Jimena  
mas amiga que criada,  
y como trato á Fortun  
la hija del conde te trata.  
De su divina hermosura  
es esclavo tu monarca,  
pero la adoro en silencio  
porque no me atrevo á hablarla.  
En mi pobre corazon  
arde la amorosa llama,  
intensa, grande, escondida,  
como entre nieve la lava.  
Incendio que sin descanso,



cauteriza las entrañas,  
pero que anuda la voz  
al llegar á la garganta.  
Siempre que á doña Jimena  
encuentro sola, mis ansias  
me dicen que la dirija,  
cien amorosas plegarias;  
pero el temor de ofenderla  
y el deseo de agradarla,  
enemigos de mi dicha,  
la voz en mi labio apagan.  
Tantas veces he intentado  
dominar con arrogancia  
esta timidez, y han sido  
tantas mis fatigas vanas,  
que, para de mis temores  
apurar la copa amarga,  
quiero que tú la declares  
cuanto mi corazón guarda.  
Tú la contarás mis penas,  
tú la dirás mi constancia,  
y que su amor por momentos  
me dé la vida y me mata.

SANCHA. Cumpliré vuestro mandato  
como obligación sagrada;  
mas ved que doña Jimena  
se dirige hácia esta cámara.

REY. Te dejo. Tras las cortinas  
quiero escuchar tus palabras,  
para saber por mí mismo  
mi ventura ó mi desgracia;  
si cariñosa me premia,  
ó si me desdén ingrata.

### ESCENA IX.

SANCHA.—DOÑA JIMENA.—EL REY, *oculto tras las cortinas de sus habitaciones.*

JIMENA. Sancha, me alegro de hallarte,  
pues en tu busca venia.

SANCHA. Yo también, señora mía,

tengo en secreto que hablarte.  
JIMENA. ¿Asunto será de mucha  
gravedad?

SANCHA. Tienes razon.

JIMENA. Te escucho con atencion.

SANCHA. *(A media voz á doña Jimena.)*

Tambien el rey nos escucha.

*(Alzando la voz.)*

Escuchar debes, señora,

sin que mi discurso atajes

hasta saber los mensajes

que voy á decirte ahora.

Y escucharme en buena ley

debes con grande bondad...

JIMENA. Picas mi curiosidad.

SANCHA. Pues hablo en nombre del rey.

JIMENA. ¿En nombre del rey? Por Dios,

Sancha; tú te has vuelto loca.

SANCHA. Dar su mensaje me toca.

JIMENA. ¿Mensajes entre los dos!

No alcanzo por vida mia,

y de admiracion me llena,

que envíe un mensaje á Jimena

el señor rey don Garcia.

SANCHA. Es digna tan noble dama

de recibir homenaje

de un rey.

JIMENA. ¿Qué dice el mensaje?

SANCHA. Señora, que el rey te ama.

JIMENA. Consejo de tu invencion

es, y de muy mala ley;

porque burlarse del rey

en ningun caso es razon.

SANCHA. Nunca ofenderlo creí,

señora, con mi relalo;

pues he cumplido un mandato

del rey hablándote así.

JIMENA. Declaracion singular,

y pretension increíble:

no me ama el rey; imposible.

Es muy débil para amar.

SANCHA. Con acento fervoroso

retrató su pasión pura.



JIMENA. ¿Y puede amar por ventura  
quien se apellida el *Tembloso*?

SANCHA. Jura que en su pecho arde  
un volcan abrasador.

JIMENA. No puede entrar el amor  
en el pecho de un cobarde.

SANCHA. En extraño desvario  
hablas. Que es tu rey comprende.

JIMENA. Solo el valiente se ofende  
de que duden de su brio.

El rey, de su noble raza  
desmereciendo medroso.

ante el jabali ó el oso  
la espalda vuelve en la caza.

Y para mayor mancilla,  
se agarra ¡nuevo baldon!

á la crin de su bridon  
por no caer de la silla.

Y, ni agarrado á la crin  
se atreve á marchar á donde

lo cita el moro; se esconde  
en cuanto suena el clarin.

Su corazon de la gloria  
al noble impulso no late,

ni sabe que es el combate  
la senda de la victoria.

Perdiendo sus mocedades  
ni conserva ni conquista;

y á su edad Iñigo Arista  
ganado habia ciudades.

Degradado descendiente  
del inclito Sancho Abarca,

es deshonor de un monarca  
tan altivo y tan valiente.

Y huyendo de los negocios,  
arranca de su memoria

las páginas de la historia,  
para morir en sus ócios.

Juzga si en su corazon,  
tan lleno de cobardia

puede arder ni un solo dia  
el fuego de una pasion.

Juzga si podrá encender



tanta nieve, oprobio tanto,  
amor poderoso y sauto  
en un alma de mujer.  
Juzga si partirá ó no  
esa llama fugitiva,  
una mujer tan altiva  
y tan firme como yo.

SANCHA. Su dignidad esplendente  
da prestigio á su persona.

JIMENA. ¿De qué sirve una corona  
á quien humilla la frente?  
Yo, que de noble y honrada  
gallardamente blasono,  
un hombre prefiero á un trono,  
prefiero á un cetro una espada.

SANCHA. Del monarca obedecida,  
tú reinarás en su nombre.

JIMENA. No quiero mandar á un hombre,  
quiero ser su protegida.  
Y nunca pondré en olvido,  
pues recordarlo merece,  
que una mujer se envilece  
humillando á su marido.

SANCHA. ¿Rechazas en conclusion  
el eterno nupcial lazo  
del rey?

JIMENA. Sancha, lo rechazo  
con todo mi corazon.

SANCHA. Mas con tu ruda franqueza  
al monarca has ofendido.

JIMENA. Cuéntale cuanto has oido,  
si no te falta firmeza,  
y hazle que apure la hiel  
que mi repulsa contiene,  
porque quizás le conviene  
saber cómo piensan de él.

SANCHA. Mucho el rey lo sentirá.

JIMENA. Vámonos á mi aposento,  
y olvidemos este cuento.  
El tambien lo olvidará.

## ESCENA X.

EL REY.

«No puede entrar el amor  
en el pecho de un cobarde.»  
Pues entonces ¿por qué arde  
aquí un fuego destructor?  
¿Por qué tus palabras suenan,  
repitiéndose en mi oído,  
y al corazón oprimido  
de hiel y veneno llenan?  
¿Por qué me hieren así  
palabras que no comprendo,  
pero que me están diciendo  
que no soy digno de tí?  
¿Cuántos tesoros de pena  
has derramado, cruel!  
El hondo cáliz de hiel  
apuro, doña Jimena.  
Y este llanto que el rey vierte  
al rigor de tus enojos,  
si es llanto amargo en los ojos,  
es para el alma la muerte.  
Bien tu insultante desvío  
ahora el monarca comprende;  
y, aunque cobarde, se ofende  
de que dudes de su brio.  
Por siempre tu rigoso  
desden mata su ventura,  
que puede amar con locura  
quien se apellida el *Tembloso*.  
Y para que su cariño  
ó te enternezca ó te asombre,  
el que no sabe ser hombre  
llora por tí como un niño.



## ESCENA XI.

EL REY, *sentado y cubierto el rostro con las manos.*—*Un momento despues* FORTUN.

FORTUN. Señor. ¿Qué teneis? ¿Llorando estais!

REY. Llorando, si á fé.  
Mas como nunca lloré,  
que el llanto sale quemando.  
Pero cese tu rubor,  
Fortun, porque ya no lloro.  
Quien no lidia contra el moro,  
dime ¿es cobarde?

FORTUN. Señor.

REY. No esquives con humildad  
mi pregunta; no hagas vano  
mi intento. Tu soberano  
quiere saber la verdad.

FORTUN. Cuando el moro armipotente  
acomete en tren de guerra,  
quien no defiende su tierra  
no da muestras de valiente.

REY. Por eso tú me has pedido,  
como valiente y leal,  
salir con la hueste real.

FORTUN. Y me lo habreis concedido.

REY. Doliéndome de tu suerte,  
negué mi vénia.

FORTUN. Señor,

dejadme ganar honor,  
aunque me espere la muerte.

REY. Si las batallas dan honra  
al vasallo que pelca,  
cuando un rey su ardor no emplea  
en combatir, se deshonra.  
Y si en peligro un soldado  
ve su honor, quedando quedo,  
yo, que no lidio de miedo,  
estoy, Fortun, deshonorado.



FORTUN. Vuestros capitanes...

REY. Si,

alcanzarán la victoria.  
Para ellos será la gloria  
y la infamia para mí.  
Para mí, débil monarca,  
que no encuentre una conquista,  
que deshonor á Iñigo Arista  
y á mi abuelo Sancho Abarca.

FORTUN. Haced, señor, que comprenda  
la causa de esos enojos.

REY. Han quitado de mis ojos,  
Fortun, la tupida verda.

FORTUN. ¿Quién ha osado abrir en vos  
esa llaga que asesina?

REY. La providencia divina;  
los altos juicios de Dios.

FORTUN. Ese divino decreto,  
que os mortifica y aterra,  
¿quién lo ha cumplido en la tierra?

REY. Ese es, Fortun, mi secreto.  
Secreto que vivirá  
solo en la memoria mia,  
y luego en la tumba fria  
conmigo se encerrará.  
Secreto que á mi dolor  
añade nuevos quilates,  
y traba rudos combates  
entre mi miedo y mi honor.  
Pues sin ninguna piedad,  
y aun con intencion siniestra,  
toda la estension me muestra  
hoy de mi debilidad.  
Y aunque se rompe mi frente,  
y aunque mi corazon arde,  
comprendo que soy cobarde,  
y no puedo ser valiente.  
Cada vez mas me desgarra  
un roedor remordimiento.  
¡Oh! ¿Comprendes el tormento  
del pobre rey de Navarra?  
(Se sienta abatido.)

FORTUN. Con violento frenesi

no colmeis vuestros afanes ;  
que en breve los capitanes  
han de presentarse aquí.  
Justo será que al olvido  
dadas vuestras penas sean ,  
señor , para que no os vean  
angustiado y abatido ,  
pues no debe don García  
mostrar ante sus soldados ,  
ni el peso de sus cuidados ,  
ni asomo de cobardía.  
Muéstrales, señor , que velas  
por gloria y poder altivo...  
y mira que ya percibo  
el ruido de sus espuelas.

## ESCENA XII.

EL REY, *profundamente abatido*.—FORTUN, *que se coloca  
detrás de la silla del monarca*.—DON GONZALO *se pone  
á su izquierda*.—DON RAMIRO y los CAPITANES *que lo  
acompañan, enfrente*.

RAMIRO. Los capitanes, señor,  
prontos á entrar en campaña,  
que van á arrostrar la saña  
del moro batallador,  
en su marcial egercicio  
te dan pruebas repetidas  
hoy de que estiman sus vidas  
en menos que tu servicio.  
Ganosos de combatir,  
dispuestos á perecer,  
marchan, señor, á vencer  
con ánimo de morir.  
Y si el momento retardan  
de lidiar como valientes,  
es, señor, porque obedientes  
tus mandamientos aguardan.

GONZAL. A tan nobles capitanes,  
gefes de tan brava grey,



yo, Conde, en nombre del rey  
agradezco sus afanes.

Seguros de la victoria,  
con ánimo heroico lidien,  
para que todos envidien  
el galardón de su gloria.  
Y tan fuertes campeones  
cobrarán mas noble brio,  
señor, si al discurso mío  
añadís vuestras razones.

REY.

(*Turbado.*)

Agradezco la lealtad  
que tanto esfuerzo pregona  
y ese amor á mi persona  
y á mi régia dignidad.

Partid, y tantos trofeos  
vuestrós esfuerzos abonen,  
que plenamente coronen  
mis mas ardientes deseos.  
Y lejos de la muralla  
llevad mi amor y mi fé.

### ESCENA XIII.

EL REY.—FORTUN.—DON GONZALO.—DON RAMIRO.—CAPI-  
TANES.—DOÑA JIMENA, *que aparece á la puerta de sus*  
*habitaciones.*—SANCHÁ.—*El rey se levanta al ver á*  
*doña Jimena, y haciendo un violento esfuerzo, habla.*

REY. Mis órdenes os daré  
sobre el campo de batalla.

RAMIRO. Órdenes que recibí  
de rey tan prudente y sabio,  
os repetirá mi labio  
cuando lleguemos allí.  
Y muy persuadido estoy  
de que hará vuestro heroismo...

(*Doña Jimena se adelanta.*)

REY. (*Haciendo un gran esfuerzo.*)  
Se las dictaré yo mismo.

RAMIRO. (*Sorprendido.*)

- REY. ¿Vos?  
(Violentándose.)  
Con mi ejército me voy.
- RAMIRO. Correr vos de las batallas  
la triste y dudosa suerte?
- REY. (Adelantándose.)  
Vamos á buscar la muerte.
- RAMIRO. Antes vestireis las mallas.  
Pues mal el mejor guerrero  
en rudos combates queda,  
si viste traje de seda  
y no maneja un acero.  
(El rey retrocede avergonzado; doña Jimena se  
acerca á las manoplias y coge un yelmo y una  
espada.)  
Armado nuestro monarca,  
llevar debe á la conquista...
- JIMENA. (Adelantándose resuelta.)  
La espada de Iñigo Arista  
y el yelmo de Sancho Abarca.  
Y pues hombre de tal ley  
no hay que merezca el acero  
ceñir al rey, caballero  
yo, dama noble, armo al rey.  
(El rey dobla la rodilla ante doña Jimena.)  
A que volvais os conjuro  
la prenda que os doy honrada.  
¿Sobre la cruz de esta espada  
me lo jurais?
- REY. Os lo juro.  
Y, para que mas me obligue,  
juro señora, por vos.
- JIMENA. Si cumplis que os premie Dios,  
y si no que os lo castigue.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

La decoracion del anterior.—Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO.

Intrincado laberinto  
voy recorriendo confuso,  
y mas se ofusca mi mente  
cuanto mas pienso y discurro.  
No sé quien ha dado al rey  
ese belicoso impulso,  
que lo lanzó á los combates  
con apariencias de júbilo.  
Sin noticias de la hueste  
han trascurrido ya muchos  
días, é incierto y receloso  
con mis dudas me confundo.

De una irreparable falta  
estoy recogiendo el fruto,  
y bien pago mi grandeza  
con los tormentos que sufro.

## ESCENA II.

DON GONZALO.—Nuño en traje de guerra y empolvado.

NUÑO. (*Presentando un pliego á don Gonzalo.*)  
Tomad, gran señor.

GONZAL. ¡Qué veo!

¿Quién á mí te envía, Nuño?

¿Qué es del rey, qué de la hueste?...

¿Por qué permaneces mudo?...

Este pliego...

(*Abre el pliego y lee.*)

»Don Gonzalo,  
cumpliéndome, como es justo,  
una sagrada promesa,  
en la cual mi dicha fundo;  
quiero que hoy mismo prepares,  
con el secreto oportuno,  
cuanto concierne á mi boda,  
que ha de celebrarse al punto.  
Harto esperé de dos años  
en el pausado trascurso,  
y á la promesa de un noble  
con seguridad recurro.»

Firma el conde don Ramiro,  
y me estremece este anuncio.

Nada dice de combates,  
de derrotas ni de triunfos!  
y me alarman sus palabras  
mas cuanto mas las estudio.

NUÑO. ¿Tienes, señor, que mandarme?

GONZAL. Si. De nuevo te pregunto  
en donde está el rey.

NUÑO. No puedo  
responderte.

GONZAL. ¿Viste luto



la hueste?... Callas.  
Nuño. Señor,  
callando mi deber cumplo.  
¿Teneis que mandarme?  
GONZAL. Mando  
que me respondas.  
Nuño. Escucho  
humilde tu mandamiento.  
GONZAL. ¿Rehusas cumplirlo?  
Nuño. Rehuso.  
GONZAL. Sabes que puedo...  
Nuño. Entregar  
podeis mi cuello al verdugo.  
¿Teneis que mandarme?  
GONZAL. Vete,  
ya que aquí no te sepulto.

### ESCENA III.

DON GONZALO, *paseándose agitado.*

Ni nuevas me dió del Conde  
ni del rey, y, siempre adusto,  
ni una palabra arrancarle  
pude por nada del mundo.  
¡Insoportable cadena,  
que me sujetas al yugo!  
¿tus dorados eslabones  
no he de romper uno á uno?  
¿No ha de cesar la honda pena  
en que mis años consumo?  
¡Vana esperanza! Del crimen  
nunca se desata el nudo.

*(Cae abatido sobre un sillón.)*

## ESCENA IV.

DON GONZALO.—DOÑA JIMENA.

JIMENA. Te encuentro padre y señor,  
preocupado, triste, místico,  
y está inclinada tu frente  
al peso de los disgustos.

GONZAL. No: mas la ausencia del rey,  
y ese misterio profundo  
en que está envuelta la hueste,  
me inquietan, te lo aseguro.

JIMENA. ¿Nada sabes del rey?

GONZAL. Nada.

JIMENA. ¿Temes?...

GONZAL. Que á los cinco lustros  
en el campamento moro  
haya encontrado sepulcro.

JIMENA. Es imposible. Podrá  
morir el monarca al duro  
bote de una lanza en otra  
campaña, yo no lo dudo;  
pero en su primer encuentro  
no corre peligro alguno.

GONZAL. ¿Esa ciega confianza  
en qué la fundas?

JIMENA. La fundo  
en que no ha de trocar Dios  
su noble ambicion en humo,  
ahora que la nave real  
empieza á seguir buen rumbo.  
Y pues maneja una espada  
el rey, y abraza un escudo,  
siguiendo la noble senda  
de sus abuelos augustos;  
combata y baje á la fosa  
cuando pueda con orgullo  
con las moriscas banderas  
ganadas cubrir su túmulo.  
Pero tu frente de nuevo



se oscurece, y á un oculto  
pesar tú rindes, señor,  
en este instante tributo.

GONZAL. Nunca, Jimena, pesares  
á tu lado disimulo,  
y ya que solos estamos,  
quiero hablarte de un asunto.  
Sabes que el Conde ha de ser  
muy en breve esposo tuyo,  
y que, al salir á campaña,  
á ti y á mi nos propuso  
para día de las bodas  
el de su vuelta. Presumo  
que no ha de tardar, y quiero  
cumplir mi palabra.

JIMENA. Juzgo  
que debe tardar.

GONZAL. Quizás  
se halle dentro de los muros  
de Pamplona.

JIMENA. ¿Sabeis?...  
Nada.

GONZAL. Mas por qué tus ojos túrbidos  
están de llanto, Jimena?

JIMENA. *(Haciendo un grande esfuerzo.)*  
Estan mis ojos enjutos.

GONZAL. La causa de ese dolor,  
tan callado cuanto agudo,  
sepa...

JIMENA. *(Sonriendo.)*  
El amor que me tienes,  
inmenso, afanoso y puro,  
es de tu tranquilidad  
el implacable verdugo.  
Imaginas que hallo penas  
en lo que tengo mis gustos,  
y te atormentas creyendo  
que yo me atormento y sufro  
Prepara, pues, nuestras bodas  
con gran esplendor y lujo,  
que, siendo los dos tan nobles,  
solemnizarlas es justo.  
Yo brillaré, como brilla

en el rosál el capullo,  
y envidiarán mi ventura  
cien hermosas de consuno.  
Reina me hará de la fiesta  
la dulce emocion del júbilo,  
porque mujer mas dichosa  
no se ha de hallar en el mundo.

GONZAL. La palidez de tu rostro  
contradice tu discurso.

JIMENA. ¡La palidez!.. Estoy pálida,  
porque es mi contento sumo;  
y que daña la alegría,  
señor, lo sabe hasta el vulgo.  
Sin que me obliguen razones  
fuera de mi propio impulso,  
que llegue el Conde, y verás  
como mis promesas cumplo.

### ESCENA V.

DON GONZALO.—DOÑA JIMENA.—DON RAMIRO *en traje de guerra.*

RAMIRO. Aquí, señora, le ves,  
tan fino como constante,  
que agradecido y amante  
te besa humilde los piés.  
Permite, pues, que te preste  
de su amorosa porfia  
homenaje.

GONZAL. ¿Y don García?

RAMIRO. Se ha quedado con la hueste.

JIMENA. ¿Haciendo frente quedó  
el rey al moro?

RAMIRO. Señora,  
si amagára hueste mora,  
aquí no estuviera yo.  
Pues fuera traicion estraña  
imprudencia y error grave,  
dejar á un rey, que no sabe



lidiar, seguir la campaña.  
Vine, porque á los infieles  
echamos de nuestras sierras;  
porque talamos sus tierras,  
porque ceñimos laureles.  
Porque nuestros valles, rojos  
con sangre mora, cubiertos  
están de enemigos muertos  
y de sus ricos despojos.  
Porque la hueste bizarra  
coronas ciñó á su sien.  
Todos se han portado bien.

JIMENA. Incluso el rey de Navarra.

RAMIRO. Mucho el rey os interesa.

JIMENA. Quiero saber á fé mia

si se portó don Garcia  
bien en su arriesgada empresa.

Y que estoy interesada  
es, don Ramiro, patente,  
que ceñí un yelmo á su frente  
y di á su diestra una espada.

RAMIRO. Pues del jóven soberano,  
á pesar de su grandeza,  
dobló el yelmo la cabeza,  
tembló la espada en la mano.  
Y aunque mucho sorprendió  
su primer marcial alarde...

JIMENA. ¿Huyó el monarca cobarde  
ante el enemigo?

RAMIRO. No.

Pues, empeñada la lid,  
del corcel descabalgando,  
aunque pálido y temblando,  
se tuvo firme.

JIMENA.

Seguid.

RAMIRO. Y al frente de un escuadron,  
balbuciente, mas constante,  
gritaba siempre: «Adelante»  
con noble resolucion.

JIMENA.

Seguid.

RAMIRO. ¿Os causa contento  
la noticia?

JIMENA.

Conde, si;

que hizo el monarca por mi  
un solemne juramento.

Y á su fama y á mi fama  
brillo dará en buena ley,  
que cumpla fielmente el rey  
lo que prometió á una dama.

RAMIRO. Noble observacion es esa,  
que bien en los labios vá  
de la que dispuesta está  
á cumplir hoy su promesa.  
Y como impaciente espero  
el momento deseado,  
al mismo tiempo he llegado  
casi que mi mensajero.

GONZAL. Ahora mas cumple en verdad,  
para tu honor y tu gloria,  
la nueva de la victoria  
estender por la ciudad.

JIMENA. Y al son de marcial clarin  
decir al pueblo navarro  
que ya tiene un rey bizarro,  
un valiente paladin.

RAMIRO. El entusiasmo, por Dios,  
Conde, muy lejos te lleva;  
callar debes esa nueva  
hasta que hablemos los dos.  
Y ya que nuestro secreto,  
doña Jimena has oido,  
que lo reserves te pido.  
¿Lo prometes?

JIMENA. Lo prometo.  
Sin tanta solicitud  
puedes conservar la calma,  
que es una tumba mi alma  
y el silencio su virtud.  
Ni para saber espio,  
ni el secreto que sorprendo  
por inadvertencia vendo,  
ni aun mis propias penas fio.  
Y con sobrada razon,  
en vez de cargos hacerme,  
alguien pueda agradecerme  
mi continua discrecion.



RAMIRO. Señora. .  
JIMENA. No corresponde  
contestar á lo que acaba  
de decir mi labio ; hablaba  
sin dirigirme á vos, Conde.  
Y para que mas no tarde  
la explicacion, don Ramiro,  
á mi estancia me retiro,  
señor, y que el cielo os guarde.

## ESCENA VI.

DON GONZALO.—DON RAMIRO.

RAMIRO. Siempre ha de estar, por mi vida,  
aun mas altiva que hermosa.  
Ya se aleja desdefiosa.

GONZAL. No, que se aleja ofendida.  
Pues los motivos no alcanza  
de nuestra inquietud intensa,  
y, en su noble orgullo, piensa  
que hacemos desconfianza.

RAMIRO. ¿Tu amor paternal querria  
revelárcelos?

GONZAL. Quimera;  
pues si mi crimen supiera,  
quizas me aborreceria.  
Mas dejando esta cuestion,  
ahora que solos estamos,  
¿por qué á la ciudad no damos  
cuenta de la expedicion?  
Si de la victoria el brillo  
su claro esplendor derrama,  
mucho crecerà tu fama...

RAMIRO. Ha sido el rey el caudillo.  
Aunque mi poder es grande,  
estaba allí su persona;  
y quien lleva la corona  
siempre manda aunque no mande.

GONZAL. Sí, Conde: tienes razon.  
El es el gefe supremo.



RAMIRO. Mira, don Gonzalo, temo  
que se despierte el leon.  
Yo le representé en vano  
cuanto arriesgaba su vida;  
y aunque le tuve la brida,  
me fué ganando la mano.  
¡Oh! mucho me han sorprendido  
esos impetus guerreros...

El rey tiene consejeros  
y su consejo ha seguido.  
Fuerza es á la esclavitud  
volverlo con dura rienda,  
y apretarle mas la venda  
que cegó su juventud.

Pronto está á romper el yugo  
que le molesta y le aflige...

Conde don Gonzalo, elige  
ser víctima ó ser verdugo.

GONZAL. ¿Pretenderás por ventura,  
dar al monarca la muerte?

RAMIRO. No lo condeno á una suerte  
tan implacable, tan dura.  
Solo pretendo apagar  
la luz que alumbra sus ojos,  
que encuentre penas y enojos  
do honor espera encontrar.  
pretendo que su presencia,  
si mi plan tu auxilio abona,  
solo produzca en Pamplona  
disgusto ó indiferencia.

Quiero que su corazon,  
despues de batalla fiera,  
en donde aplausos espera  
desden encuentre y baldon.

Y espero con desleal,  
astuto y continuo embate,  
probarle que en el combate  
se portó mil veces mal.

Así, lleno de rubor,  
desdeñado y afligido,  
vivirá mas retraido  
y reinaremos mejor.

GONZAL. ¿Cómo podrás arrancar



- ese general desden?
- RAMIRO. Engañando á todos bien  
antes de al rey engañar.
- GONZAL. Si la hueste vió sus brios,  
¿de qué servirán tus planes?
- RAMIRO. Solo ven los capitanes,  
y esos, Gonzalo, son míos.  
Ademas, siempre marché  
al lado de mi señor;  
hice notar su temblor  
y sus razones callé.
- GONZAL. Mas peligros correremos  
si nuevas faltas añades.
- RAMIRO. No pongas dificultades  
y todo lo venceremos.  
En cuenta debes tener  
para fijar tu destino,  
Conde, que en nuestro camino  
no es fácil retroceder.
- GONZAL. Con tantos años de afán,  
de luchas tan empeñadas,  
están mis fuerzas gastadas.
- RAMIRO. Pues las mías no lo están.  
De esta arriesgada aventura  
llevaré la carga toda;  
tú en tanto dispon mi boda  
con secreto y con premura.  
Pues la destructora llama  
de mi arrogante ambicion  
no estingue en mi corazon  
la de ese amor que le inflama.  
El fuego que me devora  
no des un punto al olvido.
- GONZAL. Todo estará prevenido.
- RAMIRO. ¿Cuándo?
- GONZAL. Dentro de una hora.

## ESCENA VII.

DON RAMIRO.

Vé, y en tanto que dispones  
de la dorada cadena  
que ha de ligarme á Jimena  
los últimos eslabones,  
tiempo de examinar es  
á solas conmigo mismo,  
la inmensidad del abismo  
que se presenta á mis piés.  
El rey, que aun está en campaña,  
despues de sueño tan largo  
va saliendo del letargo  
en que lo sumió mi maña.  
Don Gonzalo, sin aliento  
para seguir el combate,  
al duro peso se abate  
de un roedor remordimiento.  
Y menguando cada vez  
su incontrastable osadía,  
prueba que la mano fría  
lo toca de la vejez.  
Doña Jimena se rinde  
á la autoridad paterna,  
sin que agradecida ó tierna  
amor por amor me brinde.  
Y buscando de alta ley  
amparo que bien le cuadre,  
á la autoridad del padre  
quiere oponer la del rey.  
Por eso turba el reposo  
del abatido monarca,  
y el yelmo de Sancho Abarca  
ciñe á García el *Tembloso*.  
Por eso, con diestro ardid,  
su fascinacion emplea,  
y al rey lleva á la pelea  
y lo sostiene en la lid.



Por eso enciende la llama  
en el rey de un amor puro...  
porque yo estoy bien seguro  
de que el monarca la ama.  
Y se dice. »Si consigo  
»enlazarle al soberano,  
»libro, al dar al rey mi mano,  
»á mi padre del castigo.»  
Discreta discurre así,  
pero yo tambien prevco  
que si cumple su deseo  
será el daño para mí.  
Aprovecho la ocasion,  
ahora que tiempo me dejan.  
que esta boda me aconsejan  
mi pasion y mi ambicion.

### ESCENA VIII.

DON RAMIRO.—NUÑO.

NUÑO. Señor...

RAMIRO. Nuño. Sin aliento  
llegas. ¿Qué tienes? Responde.

NUÑO. A las puertas de Pamplona,  
en dos caballos veloces,  
cubiertos de espuma y polvo,  
se han presentado dos hombres.

RAMIRO. El capitan que las guarda,  
Nuño, cumpliendo mis órdenes,  
habrá impedido que entren  
en la ciudad.

NUÑO. Señor, oye.  
Los dos ginetes, que en traje  
de guerra vienen, acordes  
en no descubrir los rostros,  
con ruegos y con razones  
quisieron ganar la entrada.  
No lo lograron, y entonces  
mostró su rostro Fortun,  
el paje del rey : nególe

paso el capitán ; instó  
con desaforadas voces ,  
pero siguió el capitán  
insensible como un bronce.  
Viendo que no conseguían  
ni amenazas ni clamores  
ablandarlo, al punto el rostro  
mostró el segundo; era un jóven.  
Jiraron las puertas duras  
sobre sus robustos goznes,  
y cayó el puente...

RAMIRO. ¿Era el rey?

NUÑO. Ahora hácia palacio corre.

RAMIRO. ¡El rey en Pamplona!... ¡Ira  
de Dios ! ¿Y no hay quien le estorbe  
la entrada? No... Ya comienzan  
á serme todos traidores.

NUÑO. Mas veloz que los caballos  
he venido. ¿Qué dispones?

RAMIRO. Tienes razón; es preciso  
aprovechar esta noche.  
Es preciso que yo encuentre  
medios de parar el golpe.  
Cuando mas te necesito,  
astucia, no me abandones.

(Pausa.)

Dime, Nuño, ¿de la guerra  
habló el rey?

NUÑO. No.

RAMIRO. Di, ¿su porte  
era altivo?

NUÑO. Como siempre,  
humilde.

RAMIRO. Nuño, disponte  
á cumplir, como tú sabes,  
todas mis disposiciones.  
Es preciso que Pamplona  
inmediatamente lllore  
la pérdida de la hueste  
y todos sus campeones.  
Es preciso que le pintes  
tantos y tantos horrores,  
que la primera impresión



difícilmente se borre.  
Es preciso que del rey  
el alma cobarde y torpe,  
haya perdido en el campo  
los navarros escuadrones.  
Es preciso que se sepa  
que el régio alcazar esconde  
mi vergüenza y la cobarde  
debilidad del rey. Ponle  
al pueblo de manifesto  
dos mil soñadas traiciones,  
y haz que con gritos de muerte  
al rey y á mi nos acose.

NUÑO. ¿Contra tí tambien?

RAMIRO. Sí, Nuño.

Bueno es tomar precauciones  
por si acaso el desenlace  
á mi plan no corresponde.  
Repitan los descontentos  
con execracion mi nombre,  
y no habrá nadie que busque  
en una víctima un cómplice.  
Gran celo y resolucion  
necesitas.

NUÑO. Me conoces

bien, y sabes que obraré  
como conviene que obre.

RAMIRO. Espera; cuatro caballos  
pondrás al pié de la torre  
del homenaje.

NUÑO. Estarán

pronto los cuatro bridones.

RAMIRO. Que los guarden cuatro amigos,  
los mas fieles y mejores.

Vete, Nuño. Te confia  
su vida y su honor un noble.

## ESCENA IX.

RAMIRO.

Empeñada la partida  
tienes y mucho te espones,  
mas el todo por el todo  
es preciso jugar, Conde.  
Exijen grandes esfuerzos  
las muy grandes ambiciones;  
y si ahora es doble el peligro,  
será el premio tambien doble.  
Aquí vendrá el rey, aquí  
has de hacer que se sonroje,  
que ante tu mirada altiva  
pida perdon y se postre.

## ESCENA X.

DON RAMIRO.—EL REY. *El rey viene envuelto en su manto, y quiere retroceder cuando ve al Conde.*

RAMIRO. ¿Quién el osado guerrero  
es que pisa esta morada  
trayendo la faz velada?  
Descúbrase el caballero.  
*(El rey vacila.)*  
Vacila y no me responde.  
Ya peca de descortés.  
*(Poniendo mano á la espada.)*  
Acabemos de una vez...  
con la espada...

REY. *(Descubriéndose y en tono humilde.)*  
Soy yo, Conde.

RAMIRO. ¡Vos en Pamplona, señor!  
Seguramente creia  
que estaba el rey don García  
en puesto de mas honor.



- Porque la hueste dejando  
tan sin motivo y tan presto,  
probais que mal en un puesto  
os hallais de honor y mando.
- REY. Muy irritado te miro;  
mas mi venida perdona,  
que ansiaba mucho á Pamplona  
llegar, Conde don Ramiro.
- RAMIRO. ¿Quién os espuso cruel,  
que tan pronto habeis llegado?
- REY. Fortun; y he venido atado  
á la silla del corcel.
- RAMIRO. Estraña resolucion.
- REY. Empecé por resistirme;  
pero he llegado tan firme  
que bendigo su invencion.  
Ya el peligro no me aterra  
de combatir, porque hallo  
que puedo atado al caballo  
correr los trances de guerra.
- RAMIRO. Y si una lanza enemiga  
postra al fogoso corcel,  
¿qué hareis en tierra con él?
- REY. Yo no sé lo que te diga.  
Pero en semejante estado  
defenderme no podría,  
y el contrario me heriria.  
¡Oh! no iré á la guerra atado.
- RAMIRO. *(Para sí.)*  
*(Con razon me prometí*  
*sujetarlo como estaba.)*
- REY. ¿Qué dices?
- RAMIRO. Me preguntaba  
á qué habeis venido aquí.
- REY. *(Despues de vacilar.)*  
Cansado del campamento.
- RAMIRO. ¿Por qué, señor te sonrojas?
- REY. Conde, porque tú te enojas  
de mi venida, y lo siento.
- RAMIRO. Ni me enoja ni es estraña.  
Justo es que reposo quiera  
quien sufrió por vez primera  
las fatigas de campaña.

Mas para queja cumplida  
un motivo me habeis dado.

REY. ¿Cuál?

RAMIRO. El de haberme ocultado  
discreto vuestro venida.

REY. En tu ausencia decidi...

RAMIRO. Lo aplaudo de todos modos,  
que aunque obrais mal para todos  
siempre obrais bien para mí.

REY. Si inadvertido ofenderte  
pude, perdona.

RAMIRO. Señor...

REY. Y no me guardes rencor.

No quiero enojado verte.

Una y mil veces prometo  
en todo tu parecer

seguir siempre, y no tener  
para ti ningún secreto.

Mis ofensas al olvido,  
noble y generoso, da.

RAMIRO. Mi queja olvidada está.

*(Rumor muy lejano.)*

REY. ¿No percibes algun ruido?

RAMIRO. Será la dulce cancion

de algun amante que vela,

ó el grito del centinela

que guarda su torreón...

*(El ruido se aumenta muy lentamente.)*

REY. Estoy escuchando atento,

y hasta mí llegan veloces

algunas confusas voces

que ráudas cruzan el viento.

RAMIRO. Con tanta seguridad

afirmas, que voy dudoso

á ver quién turba el reposo

de la dormida ciudad.

Y si hay quien ose imprudente

turbar su profunda calma,

por Dios juro y por mi alma

que lo pagará...

*(Se percibe un poco mas el rumor.)*

REY. Detente.

Ahora mas claros advierto



- y mas cercanos los gritos.  
RAMIRO. ¿Qué querrán esos malditos?  
REY. ¿Los oyes bien?  
RAMIRO. Si por cierto.  
Asordando va el espacio  
su confusa gritería;  
mas yo haré, por vida mia...  
(*Quiere salir.*)  
REY. (*Deteniéndole.*)  
No te muevas del palacio.  
RAMIRO. Merece duro castigo  
tan descarada insolencia;  
y no han de encontrar clemencia...  
(*Quiere salir.*)  
REY. Quédate, Conde, conmigo.  
RAMIRO. Quien así falta á la ley  
con descompuestos clamores,  
debe sentir sus rigores.

## ESCENA XI.

DON RAMIRO.—EL REY.—DOÑA JIMENA, muy azorada.

- JIMENA. Conde don Ramiro... ¡El rey!  
(*Sorprendida y apoyándose en un sillón.*)  
REY. ¡Doña Jimena!  
RAMIRO. Vacila  
confusa y acongojada.  
¿Qué tienes, señora?  
JIMENA. Nada.  
RAMIRO. Tiemblas.  
JIMENA. No; ya estoy tranquila.  
RAMIRO. ¿Qué produce esa emoción,  
á la par viva y profunda?  
JIMENA. El pueblo la plaza inunda  
en completa rebelion.  
REY. Aquí dè su furor loco  
oi la voz aterradora.  
RAMIRO. ¿Contra quién grita, señora?  
JIMENA. Contra vos.  
RAMIRO. Importa poco.

y respondo á su osadía  
con mi profundo desden.  
JIMENA. También grita...  
REY. ¿Contra quién?  
FORTUN. Contra vos, rey don García.  
Grita en su atrevido alarde  
que el real alcázar esconde,  
en vos, un pérfido Conde;  
y en vos...  
REY. ¿En mí?..  
JIMENA. Un rey cobarde.  
RAMIRO. Llevará el pueblo, por Dios,  
su digno escarmiento.

## ESCENA XII.

DON RAMIRO.—EL REY.—DOÑA JIMENA.—NUÑO, *que se presenta con la espada desnuda y cierra la puerta del fondo.*

NUÑO. Advierte  
que lanza gritos de muerte...  
REY. ¿Contra quién?  
NUÑO. Contra los dos.  
En su ardiente frenesi  
la acción á la queja añade,  
el real alcázar invade  
y se dirige hácia aquí.  
RAMIRO. Voy á entregarle mi vida,  
ó á poner fin á sus quejas.  
REY. ¿Qué haré yo si tú me dejas?  
RAMIRO. ¿Vos?... Apelad á la huida.  
NUÑO. Mas no os detengais, señor,  
pues veloz el tiempo corre.  
Vamos, que al pie de la torre  
caballos, y un servidor  
encontraremos.  
REY. No puedo  
partir solo, conde; no.  
RAMIRO. Partid con Nuño, que yo



quedo aquí.  
REY. También me quedo.

RAMIRO. No hay momentos que perder.  
¿Quereis sufrir el insulto  
de ese pueblo que en tumulto  
se acerca?

REY. *(Interrogando á todos.)*  
¿Qué debo hacer?

RAMIRO. Huir.

JIMENA. Manifestar bravura;  
mostrar, señor, mucha calma,  
que la grandeza de alma  
graves peligros conjura.

Huir, no. Debeis denodado  
al pueblo, que en furor arde,  
ese mote de cobarde  
devolver, que él os ha dado.

Debeis arrostrar valiente  
el rigor de sus enojos,  
y con arrogantes ojos  
contemplarlo frente á frente.

Debeis mostrar á Pamplona,  
con indomable firmeza,  
ó un cadáver sin cabeza,  
ó una frente con corona.

RAMIRO. Yo no puedo sin traicion  
permitir tales estremos.  
Señor, que el tiempo perdemos  
y se pasa la ocasion.

*(Se oye el ruido á la misma puerta.)*

Salid de aquí, por merced,  
aunque la vida me cueste.  
Id en busca de la hueste  
y con la hueste volved.

Vos encontrareis tranquila  
la ciudad, ó yo habré muerto.  
Salid pronto, porque advierto  
que ya esa puerta vacila.

*(El rey, que ha estado dudoso, se decide á marchar.)*

REY. Conde, protéjate Dios  
y haga próspera tu suerte.

RAMIRO. Nada me importa la muerte

si la recibo por vos.  
JIMENA. No marchareis de ese modo.  
(*El rey se detiene y se anima á medida que habla doña Jimena.*)  
Cobarde no habeis de huir,  
porque lo puedo impedir  
y ya estoy dispuesta á todo.  
Yo aconsejo lo mejor  
en tan espuesta partida.  
Quieren salvar vuestra vida,  
quiero salvar vuestro honor.  
Tendrá la rebelde grey  
esas combatidas puertas  
(*Descorriendo el cerrojo.*)  
por mi propia mano abiertas.  
¡Navarros, ahí esta el rey!

### ESCENA XIII.

DOM RAMIRO.—EL REY, *que se adelanta denodadamente hacia el pueblo.*—DOÑA JIMENA.—NUÑO.—DON GONZALO y FORTUN, *que se precipitan rompiendo los grupos.*—HOMBRES DEL PUEBLO, *que guardan silencio.*

REY. ¿Qué buskais?.. ¿Qué pedis?..  
JIMENA. Nada

busca, pide, ni responde  
el pueblo. Dad cuenta, Conde,  
de la última jornada.

RAMIRO. Navarros, los valles, rojos  
de sangre mora, cubiertos  
están de enemigos muertos  
y de sus ricos despojos.  
Vuelve la hueste bizarra  
radiante de honor y gloria,  
y el cielo dió la victoria  
al noble rey de Navarra.  
El, en tan hermoso día,  
probó al ejército entero  
que manejar un acero  
sabe.



PUEBLO. ¡Viva don García!  
(*El pueblo empieza á retirarse.*)

RAMIRO. Ya puede la alegre grey  
recobrar su calma toda.  
(*A doña Jimena.*)  
Ahora mismo nuestra boda.

JIMENA. Su vénia pedid al rey.

REY. (*Llegándose á doña Jimena.*)  
Comprendo todo el valor  
de tan espuesta partida;  
no ha peligrado mi vida  
y se ha salvado mi honor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores.

### ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO *sentado y profundamente pensativo.*—NUÑO *de pié, con los ojos fijos en el Conde, á quien llama repetidas veces.*

NUÑO. Señor... señor... No responde.  
Señor... señor... Está obsorto.  
Señor... Parece mentira  
su estupor, ¡voto al demonio!  
Señor.  
(*Tocándole en el hombro.*)

RAMIRO.

Nuño.

NUÑO.

Te creí

insensible como un tronco.

RAMIRO. ¿Ha vuelto el rey de la caza?

NUÑO.

Aquí lo tendrás muy pronto;  
ébria el alma de contento,



- cubierto el cuerpo de polvo.
- RAMIRO. ¿Vuelve? Si de don Favila  
hubiera encontrado el oso...
- NUÑO. Lo halló; pero, mas feliz  
que aquel antiguo rey godo,  
ensangrentó su venablo  
haciendo á la fiera rostro.
- RAMIRO. ¿Muerte le dió con su diestra?  
(Signo afirmativo de Nuño.)  
Todo se ha perdido, todo.  
Cada vez que miro al rey  
no doy crédito á mis ojos,  
y cambio tan repentino  
de ira me llena y de asombro.  
Hace un mes era en el monte  
cazador débil, medroso,  
y hoy valiente, infatigable,  
hiere al jabali y al lobo.  
Hace un mes de los clarines  
temblaba al eco sonoro,  
y hoy en bélicos alardes  
pasa sus ratos de ocio.  
Antes las pesadas mallas  
no soportaban sus hombros,  
y ahora lleva sin afán  
esos marciales adornos.  
Maneja bien una espada,  
rije con primor un potro,  
y está con la frente erguida  
sobre las gradas del trono.  
Ha sacudido el sudario  
de su vergüenza y su oprobio;  
y el pueblo cambia en respeto  
su antiguo desden y odio.
- NUÑO. Tienes razon; ya la plebe  
no le apellida el *Tembloso*,  
y los corrillos razonan  
frecuentemente en su elogio.
- RAMIRO. Nuño, lo que mas me inquieta  
es que, á mis consejos sordo,  
muy graves resoluciones  
va tomando por sí propio.  
Ha nombrado á Gomezano

Orioles, mayordomo;  
á su hermano don García  
caballerizo, y á otros  
aguerridos capitanes  
dado mil cargos honrosos.  
El, que no osaba ante mí  
alzar del suelo los ojos,  
cuando le pedí la vénia  
para dar mano de esposo  
á doña Jimena, adusto  
y con destemplado tono  
rechazó mi pretension  
con pretestos especiosos.  
Y, porque insistí, repuso  
con mal encubierto enojo:  
»Basta, Conde; por ahora  
»ni lo niego ni lo otorgo.»  
En tan triste situacion...

NUÑO.

¿Qué dudas?

RAMIRO.

¿Estamos solos?

(Signo afirmativo de Nuño.)

Es preciso recurrir  
á los remedios heróicos.

NUÑO.

Hablad, señor, sin cuidado,  
que con atencion te oigo.

RAMIRO.

Nuño, tenemos amigos?

NUÑO.

Decididos y no pocos.

RAMIRO.

¿Podria contar con ellos  
asentado bajo el sólio?

NUÑO.

Ciertamente, porque son  
criminales y ambiciosos.

RAMIRO.

¿En cuánto tiempo podrás  
reunirlos?

NUÑO.

No hallando estorbos,  
en poco mas de una hora.

RAMIRO.

Márchate á buscarlos.

NUÑO.

Corro.

RAMIRO.

Espera. Mis instrucciones  
aun no te he dado. Estoy loco.  
A las puertas del alcázar  
los traerás, luego que en torno  
suyo la callada noche  
estienda su manto lóbrego.



Debajo de ese balcon  
estarán, hasta que el ronco  
ruido de un cuerpo arrojado  
desde esta cámara, á todos  
avise que de ayudarme  
es el momento á propósito.  
Entonces, lanzando gritos  
de «Viva el rey!» presurosos  
pisareis del real palacio  
los pavimentos marmóreos;  
y, derribando las puertas  
si las sujetan cerrojos,  
llegareis hasta aquí, en donde  
me reuniré con vosotros.

NUÑO. ¿Qué mas?

RAMIRO. Sijilo. ¿Comprendes,  
Nuño, cuanto me propongo,  
cómo espero realizarlo  
y qué parte en ello tomo?

NUÑO. Saludo al rey de Navarra.

RAMIRO. Ardua es la empresa.

NUÑO. La abono.

## ESCENA II.

DON RAMIRO.

¿Ya reducido te ves  
á un humilde cortesano,  
y eres un pobre gusano  
que aplasta el rey con sus piés?  
Sí; mas te pisa imprudente  
y sobre tí se levanta,  
porque no ve que su planta  
está sobre una serpiente.  
Y no sabe comprender,  
pues su delirio le arroba,  
que al mismo tiempo me roba  
amor, grandeza y poder.  
Ya que en su fatal locura  
no me aparta de su seno,

verteré en él mi veneno  
con horrible mordedura.  
Y veremos en la ardiente  
lid quien á triunfar acierta,  
si el león que se despierta,  
ó si la astuta serpiente.  
Ya se acerca don García  
con su festiva cohorte...  
¡Mañana, sombra de corte,  
has de ser esclava mía!

### ESCENA III.

DON RAMIRO.—EL REY.—FORTUN y algunos caballeros en  
traje de caza.

REY. *(Alegre.)*

Bien ha mostrado el corcel  
la nobleza de su raza,  
y en la guerra y en la caza  
quiero cabalgar en él.  
Crece su fogosidad,  
no lo canso ni aun le domo,  
y entra en el mismo lomo  
que sale de la ciudad.  
Hemos trepado los cerros  
en furiosa arremetida...  
Buena ha estado la batida.  
¡Qué caballos y qué perros!  
Aseguro, por mi honor,  
que su deber ha cumplido,  
y estoy muy agradecido  
á mi montero mayor.

FORTUN. Gran señor, aunque mi edad  
es poca para tal cargo,  
la suplirá sin embargo  
mi fuerza de voluntad.

REY. Tu siempre incansable ardor,  
tu actividad, tu despejo,  
mas son de cazador viejo  
que de un mancebo.



FORTUN.

Señor.

REY.

Nada en tu elogio diré,  
Fortun, porque se me alcanza  
que te ofende la alabanza;  
pero cuanto vales sé.  
Despues de tantos sudores  
y trabajo tan penoso,  
váyanse á tomar reposo  
mis bizarros cazadores.  
Que está la noche cercana  
y el buen tiempo nos convida  
para una nueva batida  
al despuntar la mañana.

#### ESCENA IV.

DON RAMIRO, *que ha permanecido apartado*.—El REY,  
*que se dirige hácia su cámara*.—FORTUN.

RAMIRO.

*(Acercándose al Rey.)*

Aunque el parabien te doy  
y te aplaudo cordialmente,  
sé mañana mas prudente,  
señor, que lo has sido hoy.

REY.

*(Con frialdad.)*

Gracias, Conde.

RAMIRO.

Pues no abono

que arriesgue de tal manera  
su persona ante una fiera  
quien se sienta sobre un trono.

REY.

Pues yo tengo por mejor,  
á pesar de tu esperiencia,  
que á los años de prudencia  
sucedan los de valor.

RAMIRO.

Es mi parecer contrario,  
porque comprendais prudente,  
que una cosa es ser valiente  
y otra cosa temerario.  
Por ello aqui he sostenido  
opinión de que no cejo,  
y he osado dar un consejo...

- REY. A quien no te lo ha pedido,  
RAMIRO. Rey y señor, es verdad;  
mas no dudo que á mi culpa  
cumplidamente disculpa  
mi acrisolada lealtad.  
REY. Basta.  
(*El Rey quiere entrar en su cámara.*)  
RAMIRO. Perdóname, pues  
nunca pretendi enojarte.  
Gran señor, quisiera hablarte  
de un grave asunto.  
REY. Despues.  
RAMIRO. Disimula mi porfia,  
pero...  
REY. El cansancio me abruma.  
RAMIRO. Caso es de importancia suma...  
REY. Hablaremos otro dia.  
RAMIRO. Si comprendes cuanto afana  
su bien un enamorado...  
REY. (*Con desabrimiento y enojo.*)  
He dicho que estoy cansado.  
RAMIRO. Pero...  
REY. Hablaremos mañana.  
RAMIRO. Debes marchar con la aurora  
al monte. Señor, resuelve  
que antes conversemos.  
REY. (*Con disgusto.*)  
Vuelve.  
RAMIRO. (*Con alegría.*)  
¿Cuándo?  
REY. Despues de una hora.  
(*El Rey y Fortun se entran por la derecha.*)

## ESCENA V.

RAMIRO.

Volveré. Me has ofendido  
con insistencia infinita;  
pero no importa, la cita  
me has dado que te he pedido.



Nada importa que hayas hecho  
á mi orgullo grave ofensa;  
tendrás una recompensa  
que me deje satisfecho.  
Preso, despierto leon,  
quedas en mi red fatal...  
al cinto traeré un puñal,  
y allí te espera el baleon.

### ESCENA VI.

DON RAMIRO.—DON GONZALO.—DOÑA JIMENA *en la puerta  
de la izquierda sin ser vista de los interlocutores.*

GONZAL. ¿Al rey has hablado?

RAMIRO. Sí.

En cambio de sus desdenes,  
consejos y parabienes  
los mas cumplidos le di.  
Mis consejos recibió  
con insultante frialdad,  
que hoy muestra temeridad  
quien de timido pecó.

GONZAL. Bendigo á Dios.

RAMIRO. Y bendice

á quien despierta su enojo,  
á quien mantiene su arrojo,  
á quien lo alienta y le dice.  
Pues no te falta razon,  
viéndola tan dulce y bella,  
para tender sobre ella  
tu paternal bendicion.

GONZAL. No comprendo.

RAMIRO. ¿No comprendes?

GONZAL. No, Conde, por vida mia.

RAMIRO. Yo te esplicaré algun dia  
todo lo que ahora no entiendes.

GONZAL. Te aseguro, aunque te asombre,  
que vá cobrando mi alma  
paz, viendo en el rey la calma  
y la dignidad de un hombre.

RAMIRO. Cierta es que me causa asombro  
tu contento, porque empieza  
á vacilar la cabeza  
sobre tus robustos hombros.

GONZAL. Lo sé; con todo, bendigo  
á quien puede darme muerte,  
y resignado, aunque fuerte,  
esperaré mi castigo.

RAMIRO. Heróica resolucion,  
que será muy noble y bella;  
mas, con todo, contra ella  
protesta mi corazon.  
Sobrada bravura tiene...

GONZAL. ¿Atentarás atrevido  
contra el rey que has ofendido?...

RAMIRO. (Engañarlo me conviene.)

GONZAL. ¿Qué intentas hacer?

RAMIRO. Es llano,

velar siempre, y prevenir  
un caballo para huir  
del rigor del soberano.  
Que perderé, me dirás,  
mis honores con la huida:  
en conservando la vida  
poco importa lo demas.

GONZAL. Cúmplase nuestro destino.

RAMIRO. Que era muy brillante advierte.

GONZAL. Me resigno con mi suerte.

RAMIRO. Sigue solo tu camino.

Contigo el poder parti  
conquistado con mi audacia;  
llegados á la desgracia,  
haga cada cual por sí.

GONZAL. Modo de escapar no hallo  
del poder que me subyuga.

RAMIRO. Aun te brindo con la fuga...

ven y te daré un caballo.

¿Admítes mi oferta? Di.

GONZAL. No, suceda lo que quiera.

RAMIRO. (Con risa sardónica.)

Si delienes mi carrera,  
sabré pasar sobre ti.



## ESCENA VII.

DON GONZALO, *que se queda abismado*.—DOÑA JIMENA,  
*acercándosele*.

JIMENA. Señor, en grandes peligros  
se prueba el ánimo grande.

GONZAL. ¿Sabes?...

JIMENA. Sé que unido al Conde,  
has ocasionado males,  
y que de un crimen funesto  
eres tambien responsable.

GONZAL. Hemos hecho que el monarca  
emplee sus mocedades  
en ocios, que lo tornaron  
débil, idiota, cobarde.

JIMENA. Adiviné de ese crimen  
una no pequeña parte,  
y supe poner remedio  
sin buscar á los culpables.  
Yo desperté en don Garcia  
nobles instintos marciales,  
y, para seguir mi impulso,  
por mí marchó á los combates.  
Yo, la primera, le hablé  
de gloria, de grandes planes,  
del opróbio que encerraba  
su condicion miserable.  
Yo la senda del honor  
franca le puse delante,  
y entró en ella, puesto al frente  
de las navarras falanjes.  
Yo le mandé pelear,  
por su Dios, contra los árabes,  
y pié á tierra combatió,  
gritando siempre: «Adelante.»  
Respetó mis mandamientos  
cual si los dictára un ángel,  
y gracias si mis razones  
al rey no llegaron tarde.

GONZAL. Yo te bendigo, hija mia,  
por consejos tan leales,  
que de mi negra traición  
borra las huellas infames.  
Te bendigo, aunque con ellos  
inadvertida firmaste  
una sentencia de muerte  
que debe herir á tu padre.

JIMENA. No, padre mio; jamás  
te herirá el rey, porque sabe  
que no puede dirigirte  
golpe que á mi no me alcance.

GONZAL. ¡Hija mia!

JIMENA. Antes de herir  
esa frente venerable  
que yo protejo, es preciso  
que una y mil veces me maten.

GONZAL. ¡Jimena!

JIMENA. Pero no hablemos  
de luto, dolor y sangre,  
que la tuya, aquí en mis venas  
muy apresurada late.  
Piensa en reparar los daños  
que en otro tiempo causaste,  
y aconseja á don García  
para que prudente marche.

GONZAL. Mi lealtad me inclinó al rey,  
testigo Dios, años hace,  
y mi delito me cuesta  
tormentos imponderables.

JIMENA. Descubre de don Ramiro  
los proyectos criminales,  
y rompe con firme diestra  
todo cuanto artero trame.  
Alerta debes vivir  
porque es el Conde implacable,  
y ha recibido del rey  
algunos duros desaires.  
Aquí mismo descubrí  
en su voz y en su semblante,  
de traidores pensamientos  
las manifestas señales.  
Y su gesto, y sus miradas,



y sus bruscos ademanes ,  
me han dicho que no se apresta  
á abandonar sus hogares.

GONZAL. Aunque anciano, todavía  
ánimo tengo bastante  
para cerrarle brioso  
el paso de estos umbrales.  
Me respetan de la hueste  
los mejores capitanes,  
y obedecerán sumisos  
todo cuanto yo les mande.  
Entre tanto que del rey  
la real persona yo guarde,  
nadie tocará su ropa,  
si no pisa mi cadáver.

JIMENA. Bien, padre mio; y no temas  
que de tu deber te aparte,  
por mas que sérios peligros  
en tal puesto te amenacen.  
Si tú sucumbes, sabré  
como á quien eres vengarte;  
porque á quien bien muere vengan  
las hembras de tu linaje.

GONZAL. Adios. Tu noble ardimiento  
derrama en mí sus raudales,  
y mi sangre enardecida  
como en la juventud arde.  
Llanto derraman mis ojos,  
pero un llanto tan suave  
que no queman las mejillas  
ni mis alientos abate,  
y á mi probado valor  
aumenta nuevos quilates.  
El cielo sobre tu frente  
sus bendiciones derrame,  
y con las del cielo caiga  
la bendicion de tu madre.

## ESCENA VIII.

DOÑA JIMENA.

Sí, que caiga. ¡Cuánto lucho  
para ocultar mi amor loco.  
Ayer tuve al rey en poco,  
y hoy el rey para mí es mucho.  
Su grito de guerra escucho  
en el generoso alarde;  
y, aunque ha despertado tarde,  
conoce el alma lealmente  
que ahora es mucho un rey valiente  
si fué poco un rey cobarde.  
Obré mal aconsejada,  
y ahora la razón penetra,  
pues no vi en su mano el cetro  
cuando le entregué la espada.  
El uno sin la otra es nada;  
pero en la misma persona  
la una al otro tanto abona,  
que presentan demasiado  
á la que pidió un soldado  
dándoselo con corona.  
Muere, esperanza: no mas  
tiendas hácia mí tu mano.  
¿Yo esposa de un soberano?...  
¿Yo...? hija de un traidor... ¡Jamás!  
Rey, tú recuerdas quizás  
á la que sufre llorosa:  
tú la ofreces, por hermosa,  
trono, corona y amor...  
Mira, es hija de un traidor  
y no puede ser tu esposa.  
Renunciemos en un día  
á esa halagüeña esperanza  
que mi ardiente amor no alcanza,  
que no logra tu porfía.  
Bendíceme, madre mía,  
tú que ves mi afecto santo;



tú que recibes en tanto  
de lágrimas un raudal,  
que en tu seno maternal  
puedo derramar mi llanto.

### ESCENA IX.

DOÑA JIMENA *apoyada en el respaldo del sillón.*—EL REY.

REY. ¿Qué causa vuestra amargura,  
doña Jimena?

JIMENA. Señor,  
una memoria.

REY. ¿De amor?

JIMENA. Una memoria mas pura.  
Llanto de filial ternura  
la pobre huérfana vierte;  
pues tuvo la triste suerte  
de que una madre querida  
sufriera al darle la vida  
el tránsito de la muerte.  
A la madre que perdí  
no he dado nunca al olvido.

REY. ¿Sin haberla conocido  
la lloras, señora?

JIMENA. Si.

REY. Doble pérdida sufrí  
en temprana niñez yo;  
y aunque un trono me quedó,  
por mi dignidad suprema  
encontraré quien me tema,  
pero quien me adore no.

JIMENA. Gran señor, quien ha nacido  
en puesto tan encumbrado,  
aspire á ser respetado  
aun antes que á ser querido.  
Mal hará si dá al olvido  
cuanto le exige su grey;  
pues para cumplir la ley  
de honor y alcanzar renombre,  
ha de acordarse que es hombre

REY. despues de pensar que es rey.  
¿Aconseja la razon de estado al rey, que escondido guarde hasta el menor latido de su amante corazon?

¿No ha de dar á su pasion espíritu, forma, nombre?

¿Y, para que al mundo asombre su bizarro proceder, eterno esclavo, ha de ser siempre rey y nunca hombre?

JIMENA. Eterno esclavo, quizás, de razon severa y fria siempre, señor, debería ser quien manda á los demas.

REY. Muy escaso imperio das á un amor ardiente, ciego. Quitas la fuerza á ese fuego que á cuanto se acerca inflama; niegas calor á su llama...

JIMENA. Nada quito, nada niego. Comprendo todo el poder del amor, y una ternura grande, noble, intensa, pura, que no es facil comprender. Comprendo que puede ser una pasion bien sentida la vida, mas que la vida; la fama, mas que la fama... tanto sé cómo se ama, que no sé como se olvida.  
(Pausa.)

REY. Proseguid.

JIMENA. Basta, señor.

REY. No, por Dios; señora mia. Ni yo mismo comprendia un amor como ese amor. Lo comprendo; es un ardor íntimo, vivo, crecient, que produce de repente la santa llama que arde en el pecho de un cobarde al transformarle en valiente.



Es el misterioso guía  
que, despues de un sueño largo,  
rompe el profundo letargo  
á la luz de hermoso día.  
Es quien á un monarca envia,  
con su prestigio divino,  
por el seguro camino  
que conduce á la victoria,  
y en un destino de gloria  
cambia su torpe destino.  
Bien de tan alto valor,  
que aduna en su magestad  
valor, gloria, dignidad,  
poder, justicia y honor.  
no sé esplicarte mejor  
esa llama abrasadora  
que vivifica y devora,  
que es la dicha y el tormento...  
pues yo en el alma la siento,  
compréndela tú, señora.

(Pausa.)

¿Guardas silencio? Bien sabe  
el monarca que ambiciona  
un florón que en su corona,  
por lo muy rico no cabe.  
¿Lloras? De una vez acabe  
esta inquietud que desgarrá  
mi corazón con su garra.  
¿Por qué lloras?

JIMENA. De alegría,  
porque conseguí en un día  
volver un rey á Navarra.

REY. La que su inmenso poder  
mostró en tan supremo instante,  
también pudiera...

JIMENA. Hay bastante  
con este noble placer.

REY. ¡Oh! si pudieran vencer  
mis súplicas...

JIMENA. Las respeto.

REY. ¿Prometes?

JIMENA. Nada prometo.

REY. De esa extraña obstinación

- dime, al menos, la razon.
- JIMENA. La razon es un secreto.
- REY. Cuando libra amor ardiente  
la mas furiosa batalla...
- JIMENA. El amor que mas se calla  
es aquel que mas se siente.  
Guárdeos el cielo.  
(*Queriendo marcharse.*)
- REY. Detente,  
y no derrames cruel  
en mi corazon mas hiel,  
ya que se abrasa en tu fuego.
- JIMENA. (*Muy conmovida.*)  
Permitid...
- REY. No.
- JIMENA. (*Suplicante.*)  
Yo es lo ruego.
- REY. (*Con amargura.*)  
Adios.
- JIMENA. Velaré por él.

## ESCENA X.

EL REY.

Huye. El misterioso velo  
de ese secreto fatal  
torna en zozobra y en mal  
lo que fué dicha y consuelo.  
No arrancan erudos enojos  
su llanto; lágrimas son  
que el fuego del corazon  
hace subir á los ojos.  
Pero, viéndolas correr  
sin comprender su quebranto,  
se van en pos de su llanto  
mis ensueños de placer.  
(*Pausa.*)  
Estoy muy cansado : lucho  
contra el sueño que me ostiga;  
mas me rinde la fatiga,



porque hemos corrido mucho.

*(Se sienta.)*

Quiero reposo tomar  
y me detiene el empeño  
del Conde. Si cojo el sueño  
él me puede despertar.

*(Apoyando el codo en la mesa y la frente sobre la mano.)*

Con las dudas peleando  
que causa un amor esquivo,  
ya que despierto no vivo,  
corazon, vamos soñando.

*(Se queda dormido.)*

### ESCENA XI.

EL REY, *dormido*.—DON RAMIRO, *que pasa a una mirada afanosa por la escena*.—Un momento despues, DOÑA JIMENA.

RAMIRO. *(Sin ver al rey, que está cubierto con el respaldo del sillón.)*

¿Y el rey?... ¿Dónde está?... ¿Burló  
mis planes?... ¿Quiere perderme?...

*(Viendo al rey.)*

¡Ah! ¡No! Sosegado duermo.

No se me escapará, no.

*(Grande expansion de viva alegría, y una ligera pausa. Señalando al balcón.)*

Allí esperan la señal,

Muy pronto verá Pamplona

*(Señalando al rey.)*

en mi frente tu corona

y en tu pecho mi puñal.

Solos estamos los dos,

y mis predicciones ciertas

salen. Cerraré estas puertas.

*(Cierra las del fondo y derecha, y al llegar á la de la izquierda se presenta doña Jimena.)*

JIMENA. ¿A quién buskais?

RAMIRO. No es á vos,  
señora.  
*(Doña Jimena se interpone entre el rey y el  
Conde. Hablan á media voz.)*

JIMENA. ¿A qué habeis venido?

RAMIRO. Revelan vuestras miradas...

JIMENA. Que estan las puertas cerradas,  
vos aquí y el rey dormido.  
Y si de nuestra ciudad  
no sales, Conde, te advierto  
que ahora mismo al rey despierto  
y le cuento la verdad.  
Huid.

RAMIRO. Cobarde no abandono  
el poder que se derrumba,  
y donde caben mi tumba  
puedo levantar mi trono.

JIMENA. ¡Don Ramiro!

RAMIRO. A tus cuidados  
respondo, y á tu amenaza,  
que me esperan en la plaza  
cien valientes conjurados.  
Que prometí á su ambicion,  
para cumplir bien la mia,  
el cuerpo de don Garcia  
*(Adelantándose hácia el rey.)*  
arrojar por el balcon.  
Que una vez entrado aquí,  
se ha de cumplir su destino...  
*(Lanzándose, puñal en mano, hácia el rey. Do-  
ña Jimena se interpone, coje con una mano la  
hoja del puñal, queda ligeramente herida en  
los dedos; el rey se levanta.)*

JIMENA. ¡Atrás, infame asesino!

REY. ¿A quién atentaba?

JIMENA. A mi.

REY. ¿A vos? Tan vil atentado  
castigaré... ¡Estais herida!  
*(Desnudando el cuchillo.)*

REY. ¡Por esa sangre tu vida!

RAMIRO. *(Con frialdad y retrocediendo.)*  
Y moriré asesinado  
por un rey.



REY. No. Y de mi ley  
con todo no has de librarte;  
(*Tirando el cuchillo.*)  
que en mis brazos sabré ahogarte  
pecho á pecho.  
(*Se lanza sobre don Ramiro, luchando un momento, el rey lo suspende y lo arroja por el balcón.*)

JIMENA.

¡Ah!

VOCES.

¡Viva el rey!

## ESCENA XII.

EL REY, *que sale del balcón.*—DOÑA JIMENA.

JIMENA. ¿Qué habeis hecho?

REY.

Mi deber.

Contra un rey tal atentado  
le hubiera yo perdonado;  
mas no contra una mujer.  
Pues cuando esgrime el acero  
contra una dama hombre alevé,  
por su propia mano debe  
castigarlo el caballero.  
Mas pensemos en la herida...

JIMENA.

Señor, no es nada.

REY.

El malvado

con muy poco la ha pagado,  
pagándola con su vida.  
(*Se repiten los vivas en la plaza.*)

JIMENA.

¡Vivas repiten!

REY.

Me aclama

un pueblo noble y valiente.  
(*Se dirige á la puerta del fondo.*)

JIMENA.

Detente, señor, detente.

REY.

(*Quiere abrir la puerta.*)

JIMENA.

Señora, el pueblo me llama.

REY.

Dejad cerrada la puerta.

REY.

No comprendo la razon;  
pues en mas árdua ocasion  
la tuvo mi pueblo abierta.

JIMENA. La abrí, porque los clamores  
que hirieron nuestros oídos  
los lanzaban seducidos:  
ahora los lanzan traidores.  
(*Ruido dentro.*)

Y ese confuso rumor  
es de su infamia señal;  
pues contra tí su puñal  
levantó el Conde traidor.  
REY. ¡Corrió tu sangre por mí,  
fuerte, admirable mujer!  
¡Cuánto es preciso crecer  
para llegar hasta tí!  
(*Ruido de armas á la puerta.*)  
Con tu diestra me mostraste  
del honor el alto templo,  
y para seguir tu ejemplo,  
obro yo como tú obraste.  
(*Abre la puerta.*)

### ESCENA XIII.

EL REY.—DOÑA JIMENA.—NUÑO, *seguido de algunos conjurados, se precipita resueltamente, en tanto que los otros resisten á los que los atacan fuera; pero se paran aterrados á vista del rey, que les habla con serenidad y arrogancia.*—Un momento despues, DON GONZALO, *seguido de varios CAPITANES.*

REY. Rebeldes, lidiais en vano  
por una causa perdida.  
(*Nuño y los conjurados se arrodillan y ponen las espadas en tierra.*)  
Al Conde la infame vida  
quité por mi propia mano.  
(*Don Gonzalo se acerca al rey.*)  
Tu valor, y tu firmeza,  
y tu lealtad agradezco.  
(*Don Gonzalo dobla la rodilla.*)  
¿Qué pides, Conde?

GONZAL.

Te ofrezco,



REY. rey y señor, mi cabeza.  
¡Tu vida! ¿Por qué razón?  
Cuando yo debo premiarte  
ahora...

GONZAL. Porque tuve parte,  
señor, en tu educación.  
Porque pérfido alejé  
de tí el popular respeto.

JIMENA. Este es, señor, el secreto  
que obstinada te callé.  
Callando, cómplice fui  
de tan aleve malicia;  
que el peso de tu justicia  
caiga todo sobre mí.

REY. *(Doblando la rodilla.)*  
*(Alzando con la diestra á doña Jimena, y con*  
*la izquierda á don Gonzalo.)*

Levanta, noble señora;  
tú, que de un reino oprimido  
y de un rey envilecido  
has sido la salvadora.  
Candillos, á quien bizarra  
levantó mi abatimiento,  
con noble orgullo os presento  
como á reina de Navarra.  
Rota de mi esclavitud  
la cadena transitoria,  
brillará el sol de la gloria  
que faltó á mi juventud.  
Sabré defender las tierras  
de mis pueblos; os lo abono.  
Rey seré sobre su trono,  
y capitan en sus guerras.  
Del Evangelio la luz  
llevaré con diestra armada,  
en una mano la espada  
y en otra mano la cruz.  
Por Dios, por patria y por ley,  
lidiaré con noble afán.  
Por mí mismo capitan  
y juez seré.

Todos. ¡Viva el rey!

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

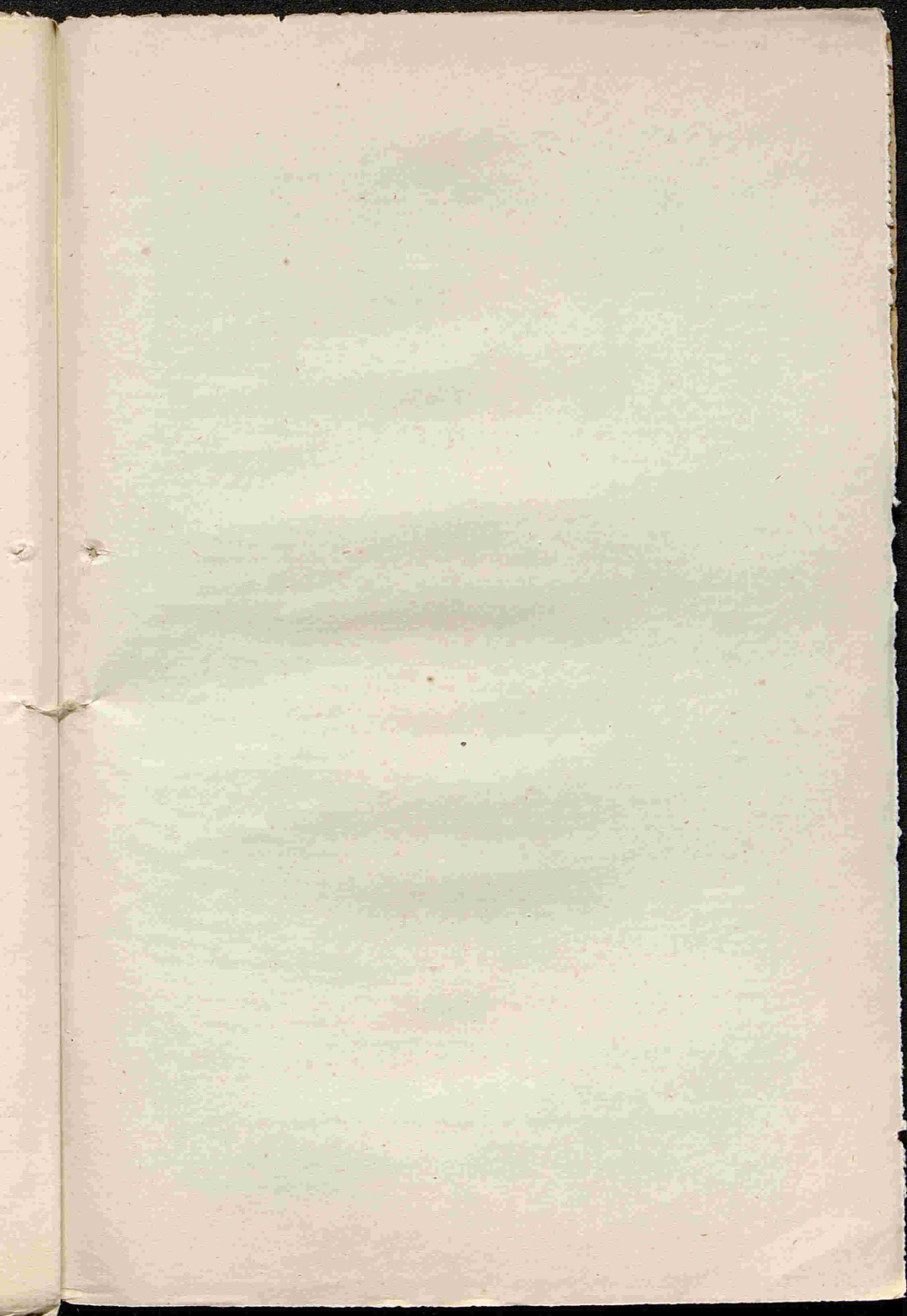
Madrid 15 de Setiembre de 1852.

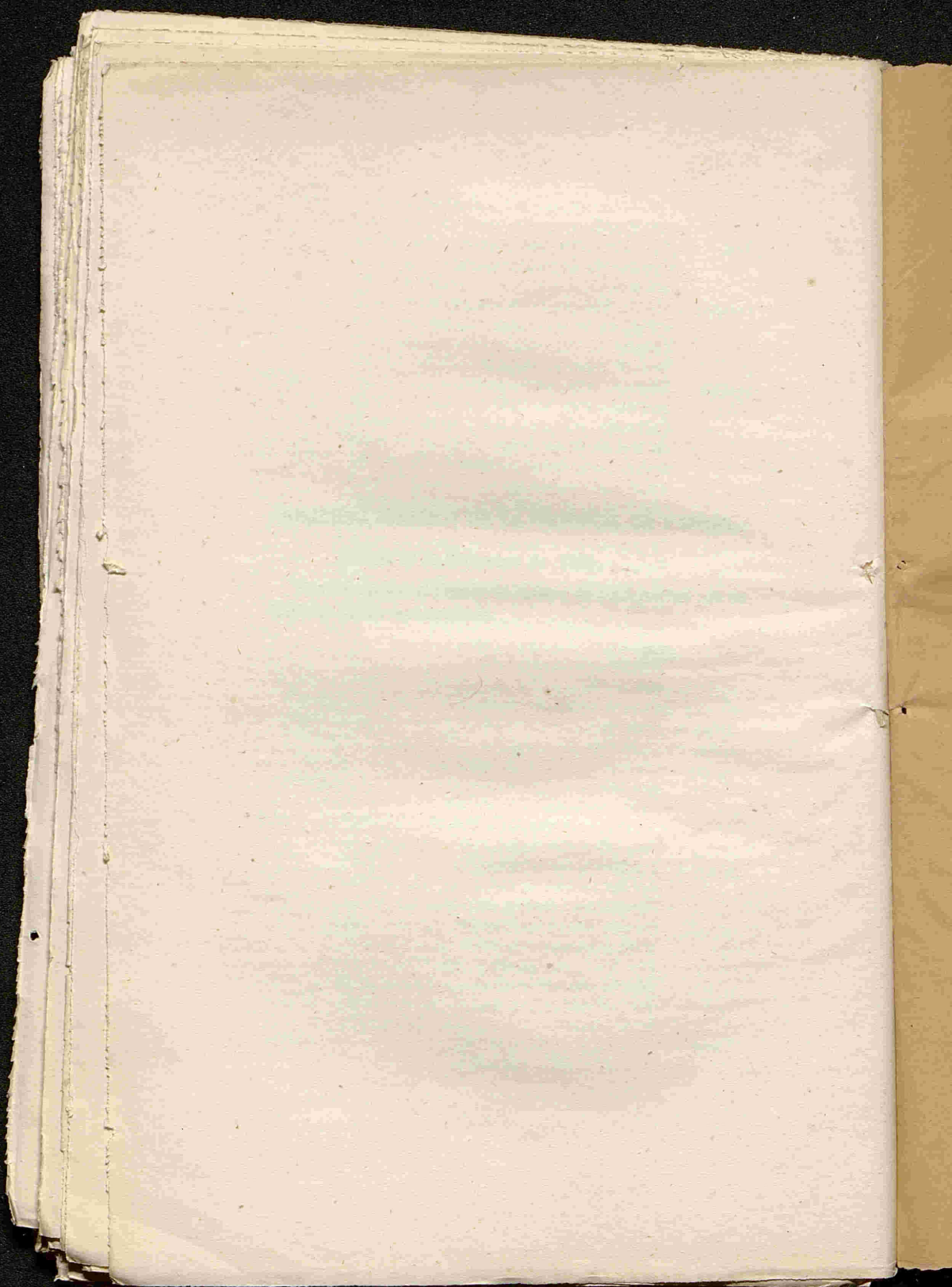
Examinada por el Censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

FIN DEL PROGRAMA.









Pst! Pst

Entre Scila y Caribdis.

Al que no quiere caldo.

La piel del diablo.

Si buenas insulas me dan.:

El Perro rabioso.

¿De qué?

La Herencia de mi tía.

La Capa de Josef.

Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.

Los Apuros de un Guindilla.

El Sacristan del Escorial.

El sol de la libertad, loa.

Amarse y aborrecerse.

Trece á la mesa.

Dos casamientos ocultos.

Cinco pies y tres pulgadas.

A la Corte á pretender.

Con el santo y la limosna.

De potencia á potencia.

Las avispas.

El Aguador y el Misántropo.

Acertar por carambola.

El rey por fuerza.

Las obras de Quevedo.

Un protector del bello sexo

No siempre lo bueno es bueno.

Huyendo del peregril.

El chal verde.

Como usted quierá.

Un año en quince minutos.

Un cabello!

El don del cielo.

La esperanza de la Patria, loa.

Alza y baja.

Cero y van dos.

Por poderes.

Una apuesta.

¿Cuál de los treses el tío?

La eleccion de un diputado.

La banda de capitan.

Por un loro!

Simou Terranova.

Las dos carteras.

Malas tentaciones.

Dos en uno.

No hay que tentar al diablo.

Una ensalada de pollos.

Una Actriz.

Dos á dos.

El Tío Zaratán.

Los tres ramilletes.

El Corazon de un bandido.

Treinta dias despnes.

Cenar á tambor batiente.

Las jorobas.

Los dos amigos y el dote.

Los dos compadres.

No mas secreto.

Manolito Gazquez.

Percances de un apellido.

Clases Pasivas.

Infantes improvisados.

Por amor y por dinero.

Estrupicios del amor.

Mi media Naranja.

¡ Un ente singular!

Juan el Perdíó.

De casta le viene al galgo

¡ No hay felicidad completa!

El Vizconde Bartolo.

Otro perro del hortelano.

No hay chanzas con el amor.

¡ Un bofetón... y soy dichosa!

El premio de la virtud.

Sombra, fantasma y muger.

Cuerpo y sombra.

Un Angel tutelar.

El turrón de noche-buena

La Casa deshabitada.

Un Contrabando.

El Retratista.

## ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

El Padre Cobos.

Cosas de don Juan.

Una Aventura en Marruecos.

Haydè ó el secreto.

El tren de escala.

Aventura de un cantante.

La Estrella de Madrid.

Don Simplicio Bobadilla.

El duende.

El duende, segunda parte.

Las señas del archiduque.

Colegiales y soldados.

Trameya.

Gloria y peluca.

Palo de ciego.

Tribulaciones!!

El Campamento.

Por seguir á una muger.

Buenas noches, señor don Simon.

Misterios de bastidores.

El marido de la mujer de D. Blas.

Salvador y Salvadora.

¡ Diez mil duros!!

Los dos Venturas.

De este mundo al otro.

El sacristan de San Lorenzo.

El alma en pena.

La flor del valle.

La hechicera.

El novio pasado por agua.

La venganza de Alifonso.

El suicidio de Rosa.

La pradera del canal.

La noche-buena.

Una tarde de toros.

Partitura del duende, para piano y canto.

## OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo AVECILLA.

Legislacion militar de España, por D. Pablo AVECILLA.

Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo GONZALEZ HUEBRA.

## PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . . . .	D. Sebastian Ruiz.	Málaga. . . . .	D. Francisco de Moya.
Alcalá. . . . .	Benigno García Anchuelo.	Manila. . . . .	Ramon Somoza.
Alcoy. . . . .	Viuda é hijos de Marti.	Manresa. . . . .	Mannuel Sala.
Algeciras. . . . .	Clemente Arias.	Manzanares. . . . .	Dimas Lopez.
Alicante. . . . .	Pedro Ibarra.	Mataró. . . . .	José Abadal.
Almagro. . . . .	Antonio Vicente Perez.	Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Almería. . . . .	Mariano Alvarez.	Mérida. . . . .	Mannuel de Bartolomé Díez.
Andujar. . . . .	Domingo Caracuel.	Mondoneo. . . . .	Francisco Delgado.
Antequera. . . . .	Joaquin Maria Casaus.	Murcia. . . . .	José Galan.
Aranda. . . . .	Manuel Martin Fontenebro.	Orense. . . . .	José Ramon Perez.
Aranjuez. . . . .	Gabriel Sainz.	Oviedo. . . . .	Bernardo Longoria.
Arévalo. . . . .	José Espinosa.	Palencia. . . . .	Gerónimo Camazon.
Avila. . . . .	Vicente Santiago Rico.	Palma. . . . .	Pedro José Garcia.
Avilés. . . . .	Ignacio Garcia.	Pamplona. . . . .	Ignacio Garcia.
Badajoz. . . . .	Sra. Viuda de Carrillo.	París. . . . .	Lassaley Melan.
Baena. . . . .	Francisco Fernandez.	Plasencia. . . . .	Isidro Pis.
Baeza. . . . .	Francisco de P. Torrente.	Pontevedra. . . . .	Mannuel Vereá y Vila.
Barbastro. . . . .	Mariano Ferraz.	Priego. . . . .	Gerónimo Caracuel.
Barcelona. . . . .	Juan Oliveres.	P. Sta. Maria.	José Valderrama.
Idem. . . . .	José Piferrey y Depaus.	Requena. . . . .	Antolin Penen.
Baza. . . . .	Joaquin Calderon.	Reus. . . . .	Juan Bautista Vidal.
Bejar. . . . .	Vicente Alvarez.	Rioseco. . . . .	Marcelino Tradanos.
Berja. . . . .	Francisco Asis de Robles.	Rivadeo. . . . .	Francisco F. de Torres.
Bilbao. . . . .	Nicolas Delmas.	Ronda. . . . .	Rafael Gutierrez.
Borja. . . . .	Mannuel Marco Cadena.	Rota. . . . .	Pedro Gomez de la Torre.
Burgos. . . . .	Timoteo Arnaiz.	Salamanca. . . . .	Rafael Hueba.
Cabra. . . . .	Mannuel Rendon.	S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
Cáceres. . . . .	José Valiente.	San Lucar.	José Maria del Villar.
Cádiz. . . . .	Viuda de Moraleda.	Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
Calatayud. . . . .	Bernardino Azpeitia.	S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Carrión. . . . .	Luis Agudo Luis.	Santander. . . . .	F. Fernandez Gallostra.
Cartagena. . . . .	Juan Maestre.	Santiago. . . . .	Sres. Sanchez y Ruz.
Cervera. . . . .	Joaquin Gasset.	Segovia. . . . .	Eugenio Alejandro.
Chiclana. . . . .	Mannuel Alvarez Sibello.	Sevilla. . . . .	Cárlos Santigosa.
Ciudad-Real.	Francisco Gallego.	Idem. . . . .	Juan Antonio Fé.
Córdoba. . . . .	Rafael Arroyo.	Soria. . . . .	Francisco Perez Rioja.
Coruña. . . . .	José Lago.	Talavera. . . . .	Angel Sanchez de Castro.
Cuenca. . . . .	Pedro Mariana.	Tarragona. . . . .	José Pujol.
Eclja. . . . .	Ciriaco Jimenez.	Teruel. . . . .	Vicente Castillo.
Figuera. . . . .	José Conte Lacoste.	Toledo. . . . .	José Hernandez.
Gerona. . . . .	Francisco Dorca.	Toro. . . . .	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Gijón. . . . .	Vicente de Escurdia.	Tortosa. . . . .	Crecencio Ferreres.
Granada. . . . .	José Maria Zamora.	T. de Cuba.	Meliton Franc. deRevenga.
Guadalajara. . . . .	Fermin Sanchez.	Tuy. . . . .	Mannuel Martinez de la Cruz.
Habana. . . . .	Charlaín y Fernandez.	Valencia. . . . .	Francisco Mateu y Garin.
Haro. . . . .	Pascual de Quintana.	Idem. . . . .	Francisco de P. Navarro.
Huelva. . . . .	José V. Osorno é hijo.	Valladolid. . . . .	Felix Mateo.
Huesca. . . . .	Bartolomé Martinez.	Valls. . . . .	Cayetano Badia.
Igualada. . . . .	Joaquin Jover y Serra.	Velez Málaga.	Antonio Maria Cebrían.
Jaen. . . . .	José Sagrista.	Vich. . . . .	Ramon Tolosa.
J. la Frontra.	José Bueno.	Vigo. . . . .	José Maria Chao.
Leon. . . . .	Mannuel Gonzalez Redondo.	Vill. y Geltrú.	Nagin Bertran.
Lérida. . . . .	Mannuel de Zara y Suarez.	Vitoria. . . . .	Bernardino Robles.
Llerena. . . . .	Bernardino Guerrero.	Ubeda. . . . .	Francisco de P. Torrente.
Lisboa. . . . .	Silva Junior.	Utrera. . . . .	Juan de Alba.
Loja. . . . .	Juan Cano.	Zafra. . . . .	Juan de Dios Hurtado.
Lorca. . . . .	Francisco Delgado.	Zamora. . . . .	Mannuel Ceno.
Lugo. . . . .	Mannuel Pujol y Masia.	Zaragoza. . . . .	Viuda de Polo.
Lucena. . . . .	Juan Bautista Cadena.		

El Círculo LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle  
de Fuencarral, casa Astrarena.